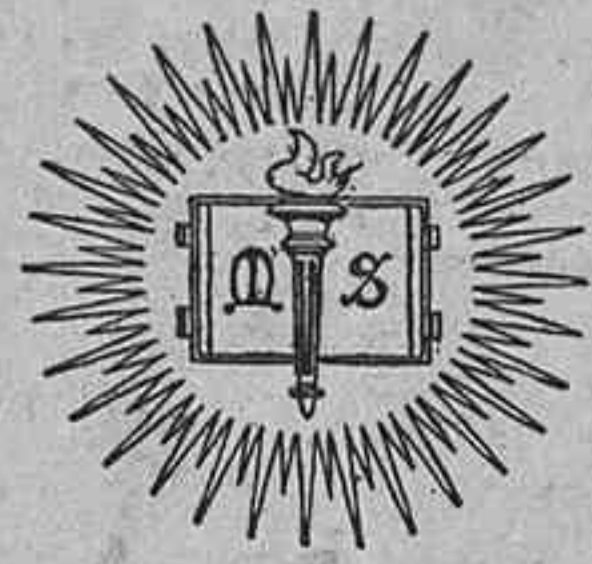


La Ilustración Artística



AÑO XXXV

← BARCELONA 31 DE ENERO DE 1916 →

Núm. 1.779

LA GUERRA EUROPEA



El Rey Pedro de Servia y el Rey Nicolás de Montenegro

Soberanos de dos reinos pequeños por su situación pero grandes por su heroísmo, prometieron luchar hasta el último momento contra el invasor y han cumplido su palabra. El enemigo ocupa hoy los territorios que ellos defendieron palmo a palmo; pero en el alma de los dos monarcas y de sus pueblos alienta siempre viva la esperanza de la reconquista y de la reintegración en los derechos que la fuerza y la superioridad del número les arrebataron (de fotografía)

CHASSAIGNE FRÈRES

Fábrica: Valencia, 70, Teléfono, 6.407
 Exposición y Depósito: Paseo de Gracia, 38, Teléfono, 2.363

PIANOS de cola y rectos a cuerdas cruzadas.—MASON & HAMLIN. Boston & New-York.—Autopianistas Chassaigne Frères; de 65 y 88 notas. Patente 50.277. Registro de melodía.—Guía rollos automático.
ARMONIUMS Christophe et Etienne.—París.
ROLLS tipo PIANOLA. Inmenso surtido de las principales marcas. Representación y depósito de la notable marca **Rolla Artis**.
 Pianos de alquiler. Ventas al contado y a plazos.

VAPORES-CORREOS ESPAÑOLES
 DE
Pinillos, Izquierdo y C.^a
 S. en C.—CADIZ

Servicios a Canarias, Puerto Rico, Cuba, Estados Unidos, Brasil y Río de la Plata, saliendo de Barcelona, Valencia, Almería, Málaga y Cádiz

FLOTA DE LA COMPAÑÍA

Príncipe de Asturias, Infanta Isabel, Catalina, Valbanera, Barcelona, Cádiz, Balmes, Pío IX, Conde Wifredo, Martín Sáenz, Miguel M. Pinillos
 57.375 toneladas Morson de registro total.

LINEAS DE LAS ANTILLAS Y ESTADOS UNIDOS.—Salidas fijas de Barcelona los días 5 y 20 de cada mes para CANARIAS, PUERTO RICO, SANTIAGO DE CUBA, HABANA, NEW-ORLEANS y GÁLVESTON, con escalas eventuales en MAYAGÜEZ, PONCE, MATANZAS y CIENFUEGOS.

Servicio mensual rápido y directo para NEW-YORK, HABANA, NEW-ORLEANS y GÁLVESTON, admitiendo carga y pasajeros para dichos puertos.

LINEA DEL BRASIL-PLATA.—SERVICIO RÁPIDO Y DE GRAN LUJO PARA SANTOS, MONTEVIDEO y BUENOS AIRES por los nuevos vapores-correos de 15.000 toneladas a dos máquinas y doble hélice, provistos de telegrafía sin hilos y de todos los modernos adelantos

PRÍNCIPE DE ASTURIAS * INFANTA ISABEL
 Salidas de Barcelona el día 17 de cada mes.

Travesía en 15 días

Espaciosos departamentos de lujo y de preferencia.—Espléndidos salones comedores, de lectura, música, fumoir, hall, bars, etc., etc.—Alumbrado eléctrico.—Telégrafo Marconi.

Consignatario en Barcelona:
RÓMULO BOSCH Y ALSINA. Paseo de Isabel II, núm. 1, piso 1.º

POLVOS "Casadesús"
 ESTOMACIALES

PREPARADOS POR EL
D. MODESTO CUIXART

CURACION -
 RADICAL
 DE LAS ENFERMEDADES
 DEL ESTÓMAGO.

PRECIO 150 PTS.

ARCO DEL TEATRO 21 BARCELONA

Tricófero Padró para quitar la caspa, canas, mal en la cabeza y caída del pelo. Es el tónico y regenerador del cabello más antiguo y acreditado de España. Hace crecer el pelo sano, limpio y con su color natural, frasco 1,50 pesetas. Venta en droguerías y perfumerías.—Barcelona, plaza Real, 1, farmacia del Globo.

**BALNEARIO
 ORIUS**

CALDAS DE MONTBUY

Reumatismos, gota, anquilosis, escrofulismo, sífilis, neurosis, hemiplejias, parálisis, neuralgias, bronquitis, traumatismos, etc.

Instalación hidroterápica completa.—Servicio de cocina esmerado.—Grandes comedores con vistas al campo.—Salón, teatro, salas de tresillo, billar y escritura.—Gran parque, etc.

No confundir este Establecimiento con otros de la misma población.

VIDA DE LA VIRGEN MARÍA
 CON LA HISTORIA DE SU CULTO
 EN ESPAÑA

Dos tomos en folio, ricamente encuadrados, 100 pesetas

NO MAS VELLO
 POLVOS COSMÉTICOS DE FRANCH

DEPILATORIO
 NO IRRITA EL CÚTIS
 QUITA
 EL PELO EN 2 MINUTOS
 MATA LA RAIZ

BORRELL H.ª, Asalto, 52, Barcelona
 LO REMITE POR CORREO CERTIFICADO ANTI-FRAUDE 3 Ptas 50.

FUMISTERIA CAÑAMERAS
 Fundada en 1850

COCINAS MODERNAS
 GRAN VARIEDAD DE MODELOS

TERMO-SIFONES PARA BAÑOS
 ASADORES AUTOMÁTICOS
 TOSTADORES, CALORÍFEROS Y
 CALEFACCIÓN POR AGUA Y VAPOR
 PRENSAS, BANCOS,
 MESAS Y SILLAS

Fábrica despacho: SICILIA, 141 y 143
 Teléfono 1940
 Depósito: HOSPITAL, 87. Teléfono 2120
BARCELONA

Sucursal: ESPOZ Y MINA, 15. — MADRID
 Teléfono 3317

Catálogos, proyectos y presupuestos gratis

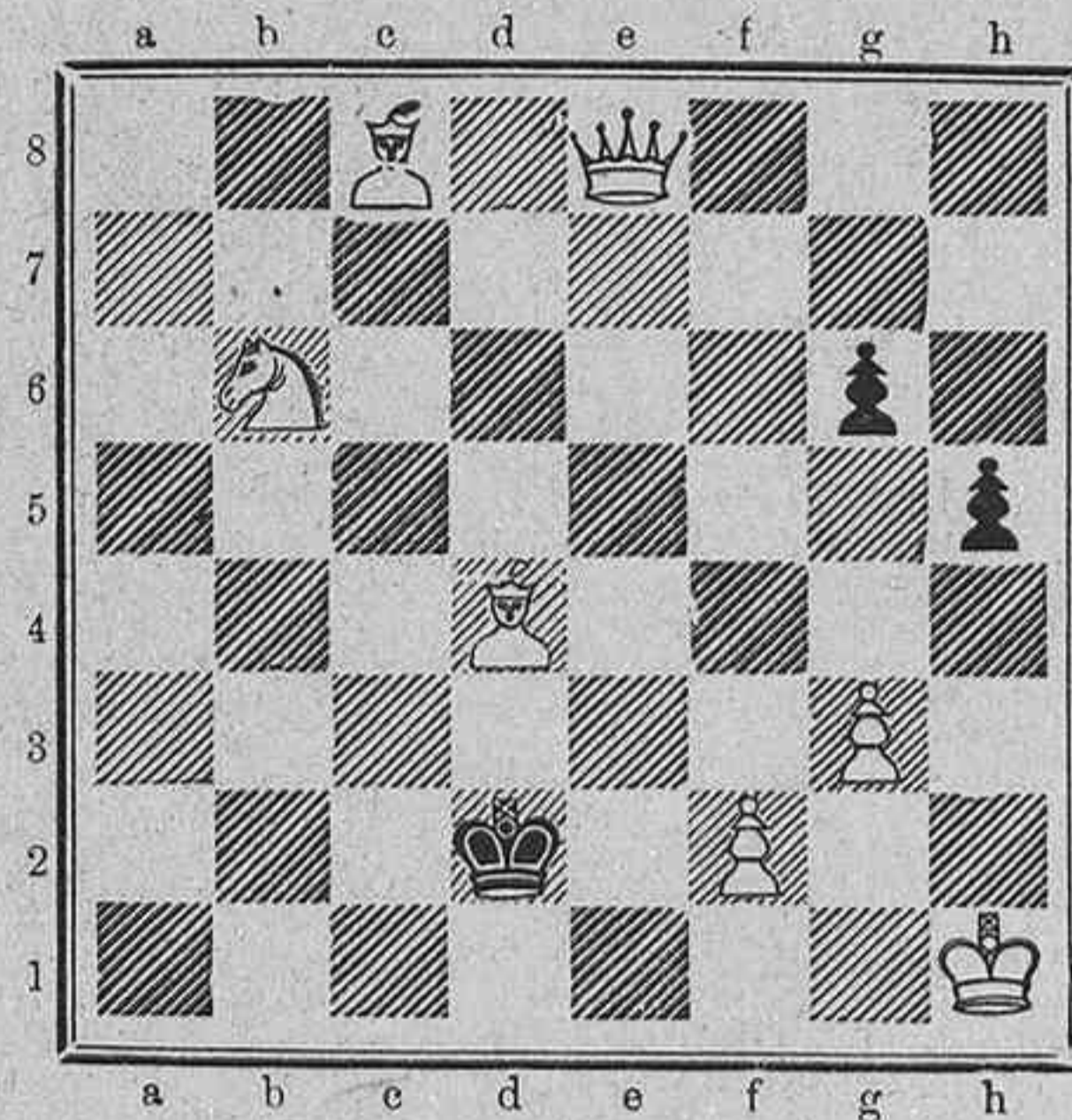
AJEDREZ

CONCURSO DE PROBLEMAS EN TRES JUGADAS
 ORGANIZADO CON MOTIVO DEL TORNEO PARA EL CAMPEONATO
 DE CATALUÑA DEL AÑO 1914

Se han recibido las siguientes composiciones:

PROBLEMA NÚM. 16. LEMA: «RAGGIO FONICO 2.º»

NEGRAS (3 PIEZAS)



BLANCAS (7 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas

PROBLEMA NÚM. 17. LEMA: «Saturnus». — BLANCAS: Rg1, Da7, Td4, Cc1 y g5, Pa4, b3, f4, f6, g6 y h3 (11 piezas). NEGRAS: Re3, Pa5, b7, c4, d5, f5, f7 y g7 (8 piezas). Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

PROBLEMA NÚM. 18. LEMA: «Mare». — BLANCAS: Rb8, Da3, Ad8 y e8, Cc6 y e2, Pb4, c2, d3, e3, g6 y h3 (12 piezas). NEGRAS: Rf5, Th7, Ab1 y g1, Ca1 y f3, Pb5, b6, c7, d4, f2, g7 y h4 (12 piezas). Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

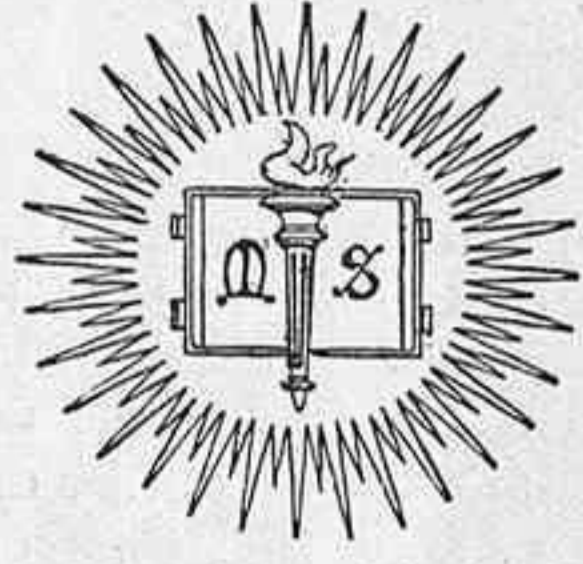
SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 15. LEMA: «RAGGIO FONICO 1.º»

1. Tb8-b7, Ca8xb6
2. Tb4-b5 jaq., etc.
- Ca8-c7
2. Tb7-a7, etc.

OBSEQUIO HUMANITARIO

La neurastenia, inapetencia, debilidad cerebral y demás enfermedades del sistema nervioso se curan rápidamente con el FOSFO-GLICO-KOLA. Doménech, cuyo autor manda GRATIS, a quien lo pida, una muestra, prospecto y certificados autógrafos VERDAD de varias eminencias médicas de España.
 B. DOMÉNECH farmacéutico.—Ronda San Pablo, núm. 71, BARCELONA.

Ilustración Artística



Año XXXV

BARCELONA 31 DE ENERO DE 1916

Núm. 1.779

BARCELONA. SALÓN PARÉS. - EXPOSICIÓN SANTIAGO RUSIÑOL



Entrada del Laberinto en Aranjuez. (De fotografía de F. Serra.)

SUMARIO

Texto. — *La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *Alegría (Historia triste)*, por Víctor Gabirondo. — *Barcelona. Salón París. Exposición Santiago Rusiñol.* — *El general Weyler, jefe del Estado Mayor Central.* — *Madrid. Pruebas de aviación.* — *Estreno de «La ley del embudo».* — *Una condecoración a Mariano de Cavia.* — *La dama de las piedras preciosas* (novela ilustrada; continuación). — *La guerra europea.* — *Libros enviados a esta Redacción.*
Grabados. — *Entrada del Laberinto en Aranjuez; Paseo de pinos en Aranjuez; Canal del Tajo en Aranjuez; Glorieta en Aranjuez; Estatuas y surtidores en Aranjuez; Primavera, cuadros de Santiago Rusiñol.* — Dibujo de J. Basté, que ilustra *Alegría.* — *Tipos en el mercado de ganados; Labrador arando un campo; Descanso del mediodía; El botijo nuevo; Llegada a la ciudad; Criba de trigo; Campesina de Torre-veja; Recua; Sol de mediodía en una calle de Elche,* acuarelas de Feliciano de Myrbach. — *La guerra europea.* — *Notas gráficas de Madrid y Buenos Aires.*

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Me cuento en el número de los que aprueban el rasgo del viejo rey de Montenegro. Esto no quiere decir que me sean antipáticos los aliados, ni que les desee nada malo, al revés. Pero ¿cómo no aplaudir cuando se pide una paz?

Y ¿cómo no reconocer el mero buen sentido de pedirla, cuando no se tiene fuerza ni resistencia para sostener la lucha?

Bello es el heroísmo, bella la pelea desesperada por la independencia, bello tal vez sobre todo el morir sin fruto; no obstante... cuando no son agravios del honor colectivo, ni ofensas imperdonables lo que se quiere vengar, la ley de la vida se impone a los pueblos, y los reyes tienen el deber de salvar a sus reinos, a expensas de su orgullo, de su tesón, hasta de sus compromisos anteriores.

Por otra parte, si nadie pidiese la paz, la guerra no se acabaría nunca... De no acabarse lleva trazas, dado lo inexpugnable de las posiciones, más recias cada día, y va la guerra convirtiéndose en algo normal, a lo cual se habitúa la conciencia. Han conseguido imposibilitar los respectivos avances, no sólo en los frentes occidentales, sino en los orientales, según las últimas noticias, y no hay razón para que esto no continúe indefinidamente. Las ciudades se transformarán en trincheras. Volveremos a la vida troglodítica.

Aquí, en Madrid, riñese otra batalla que han perdido cuantos generales la trabaron. Me refiero a la pelea contra la mendicidad callejera y los golfos autóctonos, como les llamó el conde de Cerrajería.

Por más que se persiga y se recoja, salen y salen, no se sabe de dónde, si de entre las piedras o cayendo de las nubes, los mendigos. Los encontráis hasta en los barrios más apartados, en los sitios donde menos contáis con su aparición pediguña. La mendicidad es un modo de vivir, una industria como otra cualquiera (sin que hayamos de negar que existen excepciones). Una ciegucecita ha confesado que sacaba de limosna más de veinte pesetas diarias, y que sus padres, que la erriaban a pordiosear, no le daban de comer. Y yo insisto en algo ya de antiguo profesado: la culpa de la mendicidad la tienen, no los pediguños, sino los que dan limosna en la calle. Heriberto Spencer entendía que dar así constituía un delito, y el acto caía bajo la acción del código.

Sin embargo — suele objetarse — ello es que en la calle se muere gente de hambre y de frío. El caso es frecuente en todas las grandes ciudades. No lo remedia la limosna callejera, aunque fuese doble de la muy considerable que reparte Madrid. Sólo por casualidad pudiera la limosna impedir tan trágico suceso como la muerte por inanición. Los comedores de caridad y ranchos públicos, si se organizan bien podrían evitarlo. Una severísima represión del alcoholismo, tampoco dejaría de ser útil. Muchos gastan en aguardiente antes que en pan.

Hasta cabe decir que la limosna, en algún respecto, contribuye al tristísimo fenómeno de las muertes por hambre y frío. Explicaré la paradoja. Los que mueren así, son, en su mayor parte, mendigos. Y son mendigos, porque la limosna alienta la mendicidad, la presta caracteres de profesión, o al menos, de recurso para vivir. Cuando el recurso falla, vienen las terribles crujiás, los días sin pan, sin asilo, sin clavo ardiendo a que asirse.

En cuanto a los golfos autóctonos, que abren la puerta de los coches y automóviles, que recadean, avisan y prestan otros servicios discutibles, es más urgente aún hacerlos desaparecer de la epidermis social, limpiar de ese parasitismo el cutis de la villa del oso. Porque esos golfos, sean o no desamparados, tengan o no hogar en que cobijarse, son niños, y no conocen más escuela, ni más enseñanza que el pordioso aventurero, la vida a lo Lazarillo, a que

se adaptan, y que prefieren a cualquier otra. Viven sin concebir que el trabajo es ley; son lacayos de todo el mundo, criados y no sé si diga algo peor de cada cual... Ello es intolerable; va contra la dignidad humana, contra la moral, esta niñez suelta en las calles, a las altas horas de la noche, buscándose la peseta, avezándose a equívocas profesiones, semillero de vagos y de pícaros. Y la indiferente bondad que se profesa aquí hace que los golfos encuentren gran simpatía en el público, a quien divierten con sus timos y chistes de pediguñería.

Por eso (y por otras muchas cosas), la empresa del conde de Sagasta merece plácemes, pero... Este «pero» significa que antes de ensalzar una iniciativa, deben constar sus resultados. Es más español emprender que concluir. Y organizar es siempre difícil, y menos en pocos días. Esperemos a ver si el gobernador de Madrid consigue que arraigue su sistema de limpiar de golfos y pobres las calles y las puertas de los teatros y hoteles. Por ahora surgen a cada paso, a pesar de las recogidas diarias que anuncia la prensa.

Dícese que los guardias están dedicados a tal recogida. Ojalá. Porque a otra porción de cosas que les competían, no se dedican, ni señales. Ejemplo. Se pincha la rueda de un automóvil. Naturalmente, el mecánico salta del pescante y se apresta a inflarla. Inmediatamente se forma un grupo de golfillos y zangolotinos mozallones, sin faltar tal cual chicuela y algún viejo marrullero, aguardentoso, que se paran a contemplar tan inaudito espectáculo. El grupo crece, crece; cada uno que pasa, se incorpora. El mecánico no puede mover los brazos para su faena. Entonces los zangolotinos se ponen a ayudarlo (a estorbarle se diría mejor). El instinto que los guía es tocar el coche, manosearlo, manejar las ruedas; en suma, meterse donde no los llaman. Miráis alrededor, por si un guardia puede defenderos. No hay un guardia, ni pasa por allí en media hora. La escena ocurre en la calle Mayor, a dos pasos de la Puerta del Sol.

Y la escena es digna de cualquier lugarejo; de Cañamonera de Arriba o de Pisalaúva de Pelgar. Sólo en los poblachos se explica esta curiosidad bobalicona por cosas que nada tienen de particular y suceden a cada momento; que no justifican una congestión de gente en la vía pública.

Peor es aún el estribillo que han tomado los transeuntes de todos sexos y edades de ir por en medio del arroyo, en vez de seguir la acera. A esta detestable costumbre, que la autoridad no reprime, se deben la mayor parte de los atropellos de automóvil y coche y bicicleta y carro. Los vehículos van refrenados, cortando olas de una muchedumbre que no cuida de separarse. Los chiquillos, de lo que cuidan es de acercarse. Materialmente se meten entre las ruedas. Se cuelgan de los topes de los tranvías. Se agarran a los automóviles. Es maravilla que no haya más aplastados.

Repito que todo esto lo ven los guardias con la mayor frescura. Cuando lo ven; porque, generalmente, lo que pasa es que a ellos no se los ve. Si a cada transeunte que va por mitad del arroyo pudiendo ir por la acera se le impusiese nada más que diez céntimos de multa, podía el señor gobernador sumar un ingreso considerable para su campaña contra la mendicidad. Y se acabarían los atropellos.

Los niños son una calamidad pública. Debía el Ayuntamiento hacer para ellos unos parques rodeados de alambrada, donde jugasen a su sabor, toda vez que no van a la escuela, y así respirarían aire libre sin molestar a nadie y no se expondrían a que el tranvía o el auto los convirtiese en papilla, sin culpa alguna de los conductores.

Confieso que los padres, cuando salen a ganarse la vida, no pueden dejar a sus chicos con una Fraulein, ni con una Miss. Sí, conformes. Los chicos salen a pilletear. Les viene bien el aire, y hasta el juego. Ambas cosas pudieran obtener sin peligro con el sistema de alambradas. Y para que no se hiciesen daño unos a otros ni estropeasen el jardín, o parque, donde fuera bueno enchiquerarlos, bastaría un guardia: ese guardia que debiera vigilarlos en la calle y que no los vigila.

Sólo esta medida saludable bastaría para dejar las calles de Madrid transitables y un poco menos inseguras...

Una situación delicada y hasta comprometida, es, a mi entender, la del Padre Santo, ante los conflictos que le crea la guerra. La carta de los obispos belgas a los alemanes ha venido a complicar la cuestión, que ya habían planteado las lamentaciones de los armenios, ante el degüello y el incendio en masa que sufren esos cristianos míseros... El Papa no tie-

ne, para defender a los católicos sacrificados, sino su voz augusta y su mano que bendice. No puede tampoco, como en la Edad Media, fulminar, excomulgar, llamar sobre las cabezas de los culpables el rayo de la celeste cólera. Acaso hoy se le obedezca más que en aquellos tiempos terribles; pero la misma docilidad de los católicos es, en casos como el presente, un conflicto. ¿Qué decir a los obispos alemanes? ¿Qué responder a los belgas? ¿Qué paliativo ofrecer a la queja de monseñor Mercier, el gran arzobispo de Malinas, carácter de acero, inteligencia de oro?

Y la incertidumbre que no puede menos de sentir el Papa en circunstancias tan graves, se refleja en los católicos de los países neutros, por ejemplo, España. Hay muchos, nos dice la prensa católica misma, que no estarán conformes con la carta del Episcopado belga, porque son germanófilos, porque creen que al catolicismo le conviene el triunfo de los Imperios centrales. He aquí una escisión. En efecto, en España unos católicos se inclinan de un lado, otros de otro. Esto basta para hacer incierta la situación de las altas personalidades eclesiásticas, y para que el Papa no acierte a cortar el nudo gordiano.

Mi voto no vale; pero creo que esta cuestión es de aquellas de las cuales se dijo *in dubiis libertas*. Inclínese cada cual hacia donde le plazca, y respete el criterio de los demás. No es un dogma ni la superioridad de los germanos ni la victoria de los aliados. Todo ello aparece como enigma del porvenir. Lo que resulte de esta enorme confusión, de esta serie de hechos única en la historia, sólo Dios puede saberlo. Y probablemente resultarán cosas muy inesperadas.

Por lo pronto, ha resultado ya, para España, una rehabilitación histórica. Nadie ignora que se hizo contra nuestra patria un arma ofensiva, durante largo tiempo, de acusarla de crueldades, barbaries y ferocidades horripiladoras. Aunque fuesen todas hechos probados, que no lo son, ni mucho menos, ahora han venido a parar en borregos cándidos y mansos y en santos varones nuestros conquistadores, guerreros y guerrilleros históricos. Al lado de lo que se lee y sabe respecto a episodios de la guerra actual, tortas y pan pintado son nuestras, más supuestas que probadas, atrocidades. Con la diferencia de que estamos en el siglo xx, si no falla la cronología. Y si empezase a decir algo de lo que en Méjico ha pasado y pasa... mal año para Guatimozín, Qualpopoca y otras víctimas cuyas sombras no cesan de ser evocadas en contra nuestra.

«¡Que toquen, que toquen, que viene el Arzobispo!.. ¡Que destochen, que destochen, que ya no viene!» El cuentecillo acude a mi memoria, al leer que ya no pide Montenegro la paz, sino que continúa la guerra hasta la última gota... ¡Ya me parecía a mí que un acto de cordura en medio de esta furiosa vesanía universal era cosa rarísima!

Y claro que debemos inclinarnos con respeto ante la actitud de esa pequeña nación... Parece estético que no admitan condiciones humillantes. El único modo de que se iguale al grande el pequeño, es que en su ánimo sea tan grande como el que le supera en fuerza y poder. Y si tal es el caso de Montenegro, rindámosle un tributo de admiración, aunque supongamos que de nada le servirá su bizarría.

Sobre todo ¡no nos apresuremos nunca a fiarnos de telegramas, que con apariencias de realidad llegan hasta nosotros! En cosas que conocemos mucho más de cerca, en cosas hasta propias, vemos diariamente lamentables equivocaciones, confusiones increíbles, falsedades involuntarias, ignorancias que no se explican.

Esperemos pues, pacientemente, a que se desenrede la formidable madeja. Dejemos que cese (si cesa algún día) la tempestad, que no sople el huracán, que el cielo se serene... Entonces los informes serán exactos... siempre hasta cierto punto, porque mil sucesos quedarán en el misterio, y quizás sea obra del siglo xxi restablecer la verdad histórica de lo que presenciamos. Y lo que el siglo xxi rectifique... ¡otros lo leerán, nosotros no!

Entretanto, ¿qué será de los montenegrinos? ¿Quedará alguno para contarlos? ¿A dónde irán a parar los huesos de Nikita, el rey pastor, que era tan poético?

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

La Sal Natural de Sprudel
de **Carlsbad**
es la única legítima Sal de

ALEGRÍA (HISTORIA TRISTE), POR VÍCTOR GABIRONDO, dibujo de J. Basté



... el bohemio, tomándole las manos cariñosamente, le pregunta: ¿Y él?

I

¿Quién era aquella muñeca risueña que encendía los corazones con sus cantos y ponía una ilusión en los corazones con sus miradas? ¿Qué misterio ocultaba en las profundidades de su ser aquella niña de veinte años que, llevando el cendal de gloria sobre su frente y la sonrisa triunfadora en los labios, vivía ajena al halago de la gloria que la acariciaba? ¡Imposible averiguarlo!

En los grandes cartelones del teatro donde actuaba, sobre el fondo blanco del papel la tinta roja resaltaba agresiva: ¡ALEGRÍA!

Y Alegría era para el público, ajeno a la complicada psicología del alma, aquella artista que reía los cuplets en picardías de sonrisas y miradas. Pero observándola detenidamente, pronto se adivinaba el rictus amargo en sus labios y la tragedia oculta en el fondo negro de sus pupilas.

II

Emilio, el bohemio impenitente, el autor de los cantos de amor, el magnífico artífice de la palabra rimada, acudía diariamente al teatro donde actuaba Alegría.

No era un enamorado más de la mujer de moda, como otros tantos que la asediaban con sus miradas y la ofendían con sus ofrecimientos; era el artista

que se complacía en admirar a la triunfadora, el hombre que leía en sus ojos no el brillo de la gloria, sino la visión trágica que en ellos relampagueaba algunas veces.

Se martirizaba pretendiendo averiguar el misterio de aquella niña, y se figuraba que su alma, tan dichosa, al parecer, era una pobre sensitiva que lloraba algún dolor misterioso y profundo, después de reír sobre el tablado los cuplets, saboreados por sus admiradores, que los coreaban en homenaje.

También Alegría fijó sus ojos en el artista, y entre ambos se estableció una corriente simpática, una atracción poderosa, que les hacía sonreír sin hablarse, mirarse sin conocerse.

La mujer vió en el poeta a un ser superior que adivinaba sus dolores y acallaba los latidos de su corazón en un respeto elocuente a su vida misteriosa, y tuvo para él la sonrisa y el mirar acariciante del agradecimiento.

Y como no podía menos de suceder, sin saber cómo, sin buscarlo, inconscientemente, un día se encontraron juntos y se hablaron como viejos amigos, la gloriosa artista Alegría, mimada por el público y envidiada por sus compañeras, y el poeta sentimental, romántico y bohemio.

III

— He deseado este momento, que sabía inevitable,

con toda la ilusión de mi alma de artista, le dijo él al saludarla.

Ella le envolvió en la garcía de sus ojos grandes, que entonces tenían en sus pupilas las tristezas de todas las melancolías, y contestó:

— Acaso, después de alcanzado, sufra usted el dolor de una ilusión perdida.

— No lo crea usted así, Alegría. ¿No es así su nombre? Alegría la llaman, yo no sé por qué, y así he de llamarla. No crea, repito, que me arrepiento de esta dicha. La he deseado tanto, que soñaba con esta ventura, a la que llegué a creer tan imposible como a la gloria misma.

— Y como alcanzará usted la gloria, alcanzó esta pobre ventura de hablar conmigo.

— Y de ser su amigo.

— Con toda el alma.

Se estrecharon las manos mirándose intensamente, pupilas con pupilas. Las almas se asomaron a los ojos y se debieron decir en un segundo dos historias intensas, fuertes, grandes. Ella fué la primera que habló:

— ¿Quiere usted, Emilio, que dejando aparte toda clase de sentimientos fundamos nuestros corazones en una amistad franca, abierta, hermana? Yo sé lo que usted siente: amor...; pero yo no puedo amar. Sería una comedia indigna que me repugna fingirselo, el decirle lo contrario. Yo no he sido para usted la artista gloriosa que entusiasma al público, la mu-

jer de moda que atrae todas las miradas y todos los corazones, lo sé. Acaso ha sido usted el único hombre que ha presenciado la tragedia que vive en mi vida, y este misterio le ha hecho acercarse a mí con la fuerza con que atrae todo lo enigmático.

- Es cierto; y he sentido la inquietud de la curiosidad con tanta fuerza como la del amor.

- Olvidemos ese amor. Mejor dicho, yo voy a hacer la buena obra de matarlo, descubriéndole el misterio de mi vida...

IV

- Apenas salí del colegio, niña todavía, pues tenía diecisiete años escasos, conocí a Alberto, empezó diciendo la artista. Alberto era el primer hombre que me habló de amor, y esa oración, a mi edad, era el arpegio divino, era la gloria deseada. Con mi loca imaginación llena de lecturas, me creí heroína de una historia amorosa, y puse mi alma entera a los pies de aquel hombre.

»Fuimos felices algún tiempo. Libé todas las dulzuras de una pasión moral, escuché todas las promesas que dijeron labios de hombre, me vi abrasada millones de veces por las miradas de unos ojos queridos, y llegué a quererle tanto, tanto, que me ofendían los otros hombres con solo mirarme; sufría los momentos que estaba alejada de su lado y me reconocía una esclava de su alma, de su corazón, de sus palabras y de sus ojos.

»La vida para mí era un jardín espléndido, una eterna primavera pletórica de luz, de color, de aromas.

»Pero ¡ay! que mi amor no me dejaba ver lo que ocurría a mi alrededor. Mi casa se desmoronaba, y mi padre, en su afán de salvarla, se metió en negocios que terminaron por arruinarle. Él buscó la muerte, y pobres, miserables, quedamos mi madre y dos hermanas. Toda nuestra anterior grandeza había sido hoja seca arrastrada por el vendaval; y mi educación de señorita apenas me servía para mal ganarme el pan, bordando unas veces, dando lecciones de piano otras. Pero en medio de mis sufrimientos era feliz porque Alberto me amaba. Al menos lo creí así, y ¡él lo fingía!.. Lo fingía, sí, tan bien, que nada sospeché, que ninguno de sus propósitos brotó a la superficie. En medio de mis desgracias me daba la misericordia de sus palabras, pero éstas eran hipócritas. Mis días crueles, días de hambre, tenían una compensación en el rato de charla con mi novio, que todas las noches acudía al mísero cuarto donde nos albergábamos.

»Un día desapareció... ¡Para qué contarle mi desesperación! Entonces supe su historia villana. Desde la muerte de mi padre me estaba engañando. No se atrevió a dar por terminadas las relaciones y tuvo el poco respeto de fingirme una pasión, que no sentía, durante dos años. Enfermé gravemente, quise morir; pero cuando mis amigas me enteraron de la vida de Alberto, cuando supe que mi abandono tuvo por causa la ambición; que él aspiraba a triunfar y creyó conseguirlo conmigo rica, y pobre vió en mí un estorbo; al saber esto, repito, se operó en mí una brusca transición y quise vengarme castigándole.

»Yo había de ser rica, poderosa, grande, para demostrar al traidor que llegaba a donde él aspiraba, sin su ayuda y sin mi dinero.

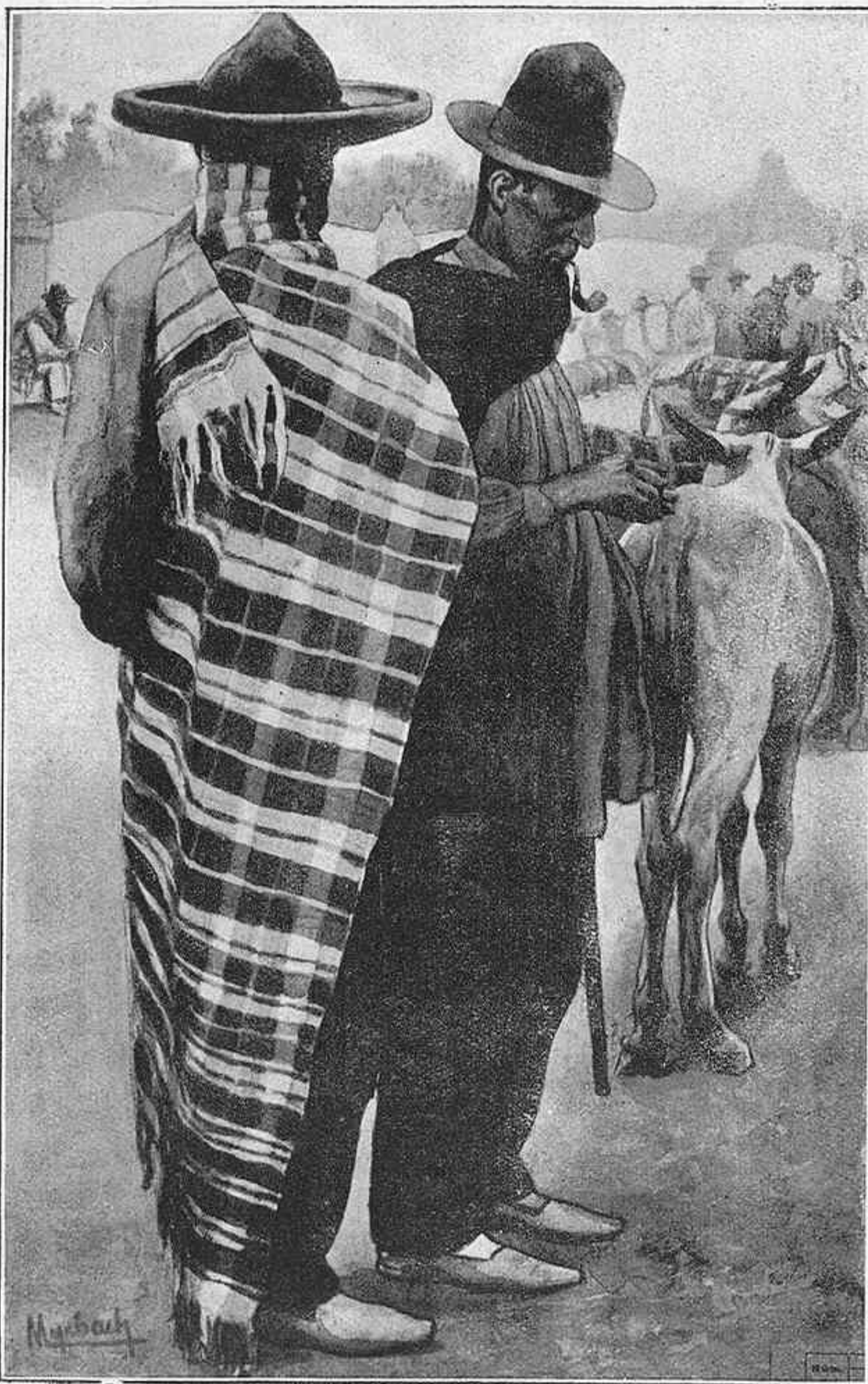
No sabía cómo había de obrarse el prodigio, pero el deseo tenía fuerza impulsiva suficiente para darle forma.

»Busqué a mis antiguas relaciones, concurrí a los salones y paseos. Un día, en uno de aquéllos, canté e hicieron grandes elogios de mi voz. Un perio-

disto me habló, pero al mirarme a los ojos dijo: - ¡Lleve usted la tragedia en las pupilas! Una pena muy honda destroza su vida...

»Fuimos amigos y él me dió el medio que yo deseaba...»

Alegría mira al poeta, que la escucha triste, cabiz-



Madrid. Salón Arte Moderno. -Tipos en el mercado de ganados, acuarela de Feliciano de Myrbach. (De fotografía de Asenjo.)

bajo, pensativo. Hay en los ojos de ambos el velo de unas lágrimas sinceras. Luego prosigue:

- Tan alegre, tan feliz parecía en mis últimos tiempos de fiestas y conciertos, en aquellos que mi venganza iba siendo realidad, en aquellos que con el corazón roto fingía felicidades a los extraños para

tante... Yo había nacido para ser una humilde y buena esposa, no para exhibirme y brillar en un tablado... Pero el amor propio, la venganza me llevó hasta allí. Si hubiese podido retroceder lo hubiera hecho, porque en aquel crítico momento tuve miedo y me sentí sin fuerzas...

»Las notas de la orquesta alegraron la sala, y con el frío de la muerte en el pecho hice mi aparición. Mil ojos me asietaron atrevidos; mil bocas reían burlonas, y a través del velo que cegaba mi vista le vi a él, a Alberto, pálido y nervioso... Su presencia fue un latigazo aguijoneante..., y canté con el alma, con el corazón, sollozando mis dolores, que eran quejas y celos y reproches y rúgidos... Y un rumor estruendoso me envolvió, me arrastró... Era el público que me ovacionaba... Fue mi primer paso. Desde aquel instante el éxito se me rendía... Y era de él, de Alberto... Sin su presencia hubiese vuelto a casa derrotada... ¡Fue su castigo y su tormento!..»

Calla Alegría, porque los sollozos la ahogan, y el bohemio, tomándole las uanós cariñosamente, le pregunta:

- ¿Y él?

- Desesperado, loco, me persigue, me acecha, me acecha.

- Entonces, aun será feliz.

- ¡Nunca!, grita Alegría con el alma. Soy su castigo, su tormento, su remordimiento. Ya no puedo ser feliz, ni él lo será. Rompió mi vida, dándola un curso extraño; yo rompo la suya unciéndola a esta loca aventura sin fin. No soy digna de él ni él es digno de mí después de su traición... Somos dos indignidades que se arrastran persiguiéndose sin encontrarse nunca...

- ¡Honda tragedia!

- Hay muchas así en la vida; pero ésta parece más espantosa porque la llevo como jirón flotante en mis ojos.

- Puede tener fin si usted quiere...

- ¡No!.. No querré nunca... Cada mortal tiene su destino, y el mío es éste de ir cantando mis penas, haciendo gloria mis dolores, y transformando mis tristezas - amasadas con lágrimas del corazón - en alegrías locas que canto por el mundo alegrando los corazones... Soy Alegría, la artista aclamada, llevando en el alma rota todos los tormentos...

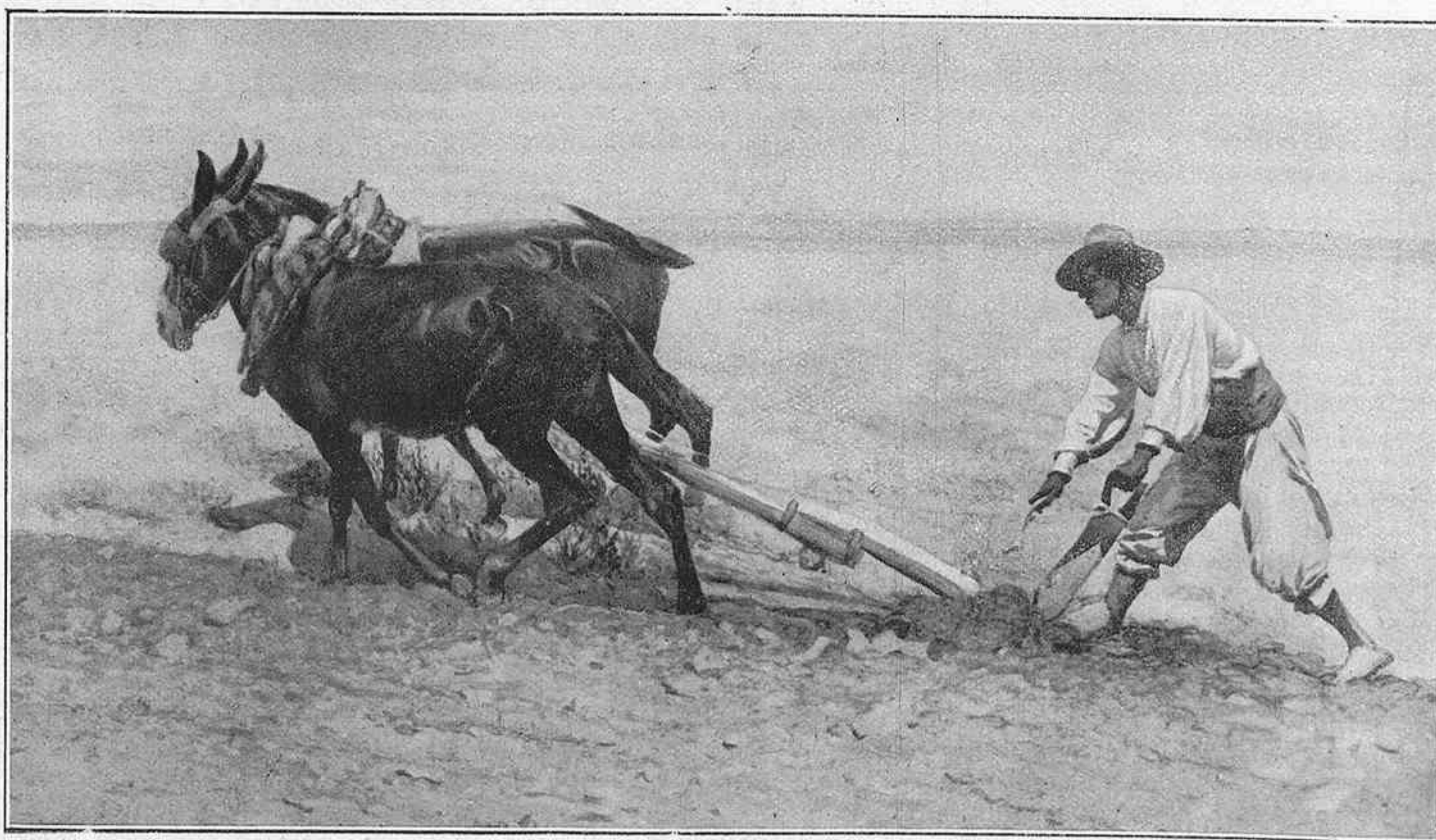
¡Y como yo, cuántas!..

ACUARELAS DE FELICIANO DE MYRBACH

En mayo del año próximo pasado, en el salón del Fayans Catalá, de esta ciudad, celebró una exposición de sus obras un pintor extranjero, Feliciano de Myrbach. De aquella

exposición y del artista hablamos en el número 1.741 de esta ILUSTRACIÓN, señalando las excelencias de los cuadros expuestos, haciendo observar el admirable color local que el autor había sabido imprimir en los asuntos por él tratados, catalanes todos ellos, y añadiendo que no parecía sino que el Sr. Myrbach había vivido siempre en nuestra tierra y sentido toda su vida en catalán, a pesar de que sólo llevaba ocho meses de permanencia en Cataluña. Recientemente ha expuesto en Madrid, en el Salón Arte Moderno, treinta acuarelas y doce bocetos, todos ellos de tipos y escenas de costumbres de los campesinos de Valencia y de Alicante. También en estas obras ha demostrado su autor un gran espíritu de observación y una facultad excepcional para asimilarse el paisaje, el ambiente y el modo de ser que caracterizan a aquellas gentes; y lo que dijimos de él cuando reprodujo temas de nuestra región, puede aplicarse asimismo a su manera de tratar los asuntos valencianos y alicantinos. Sus figuras,

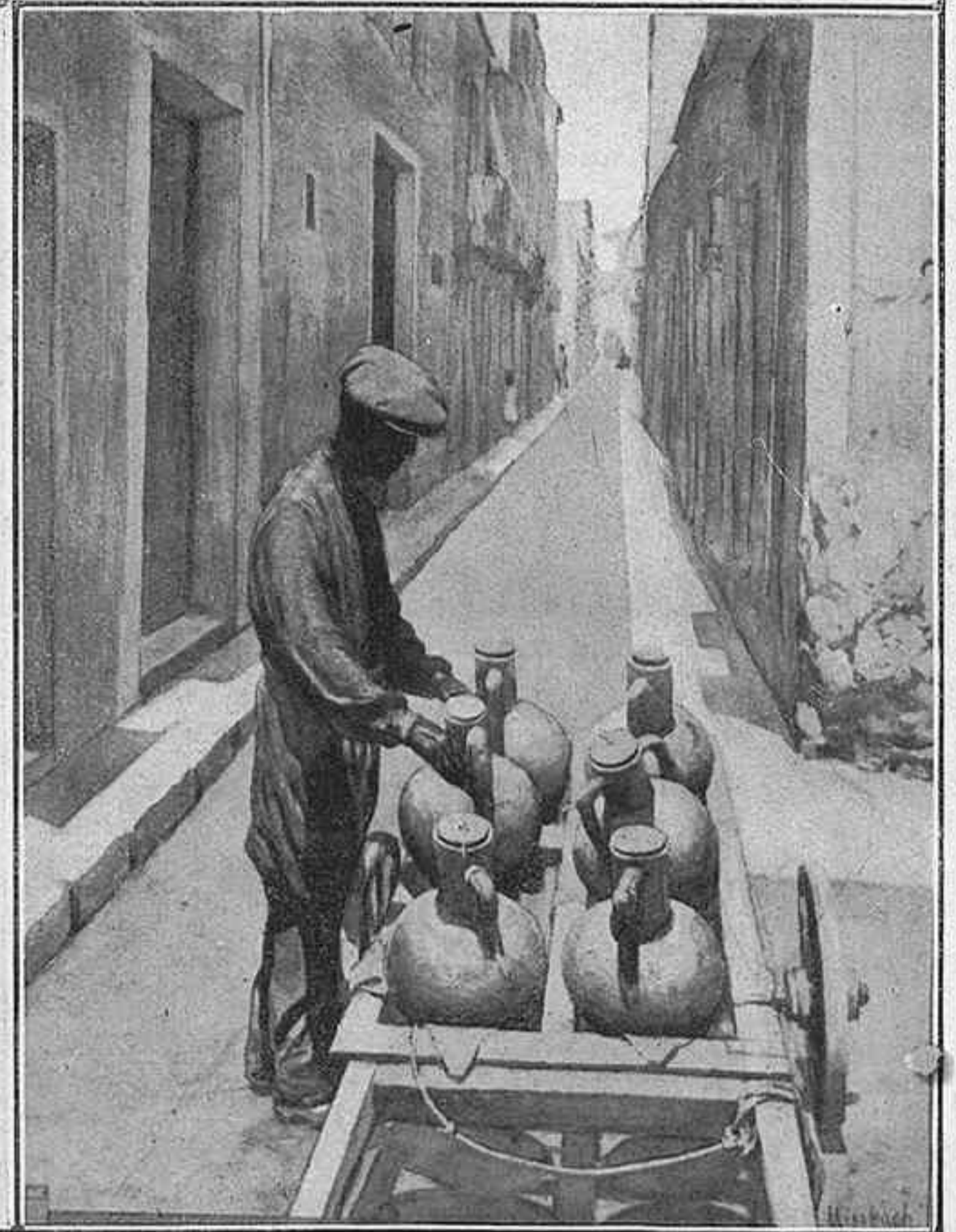
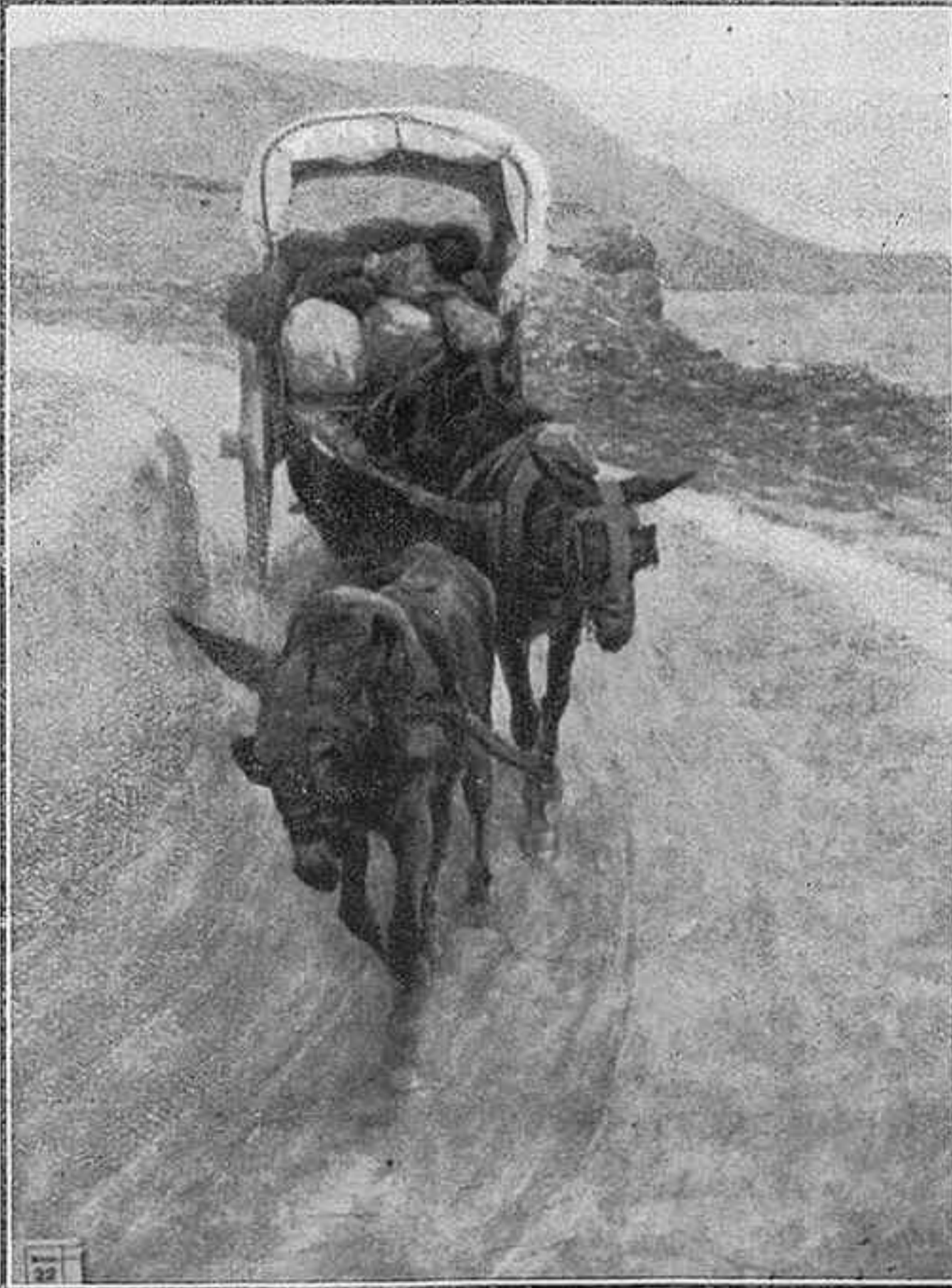
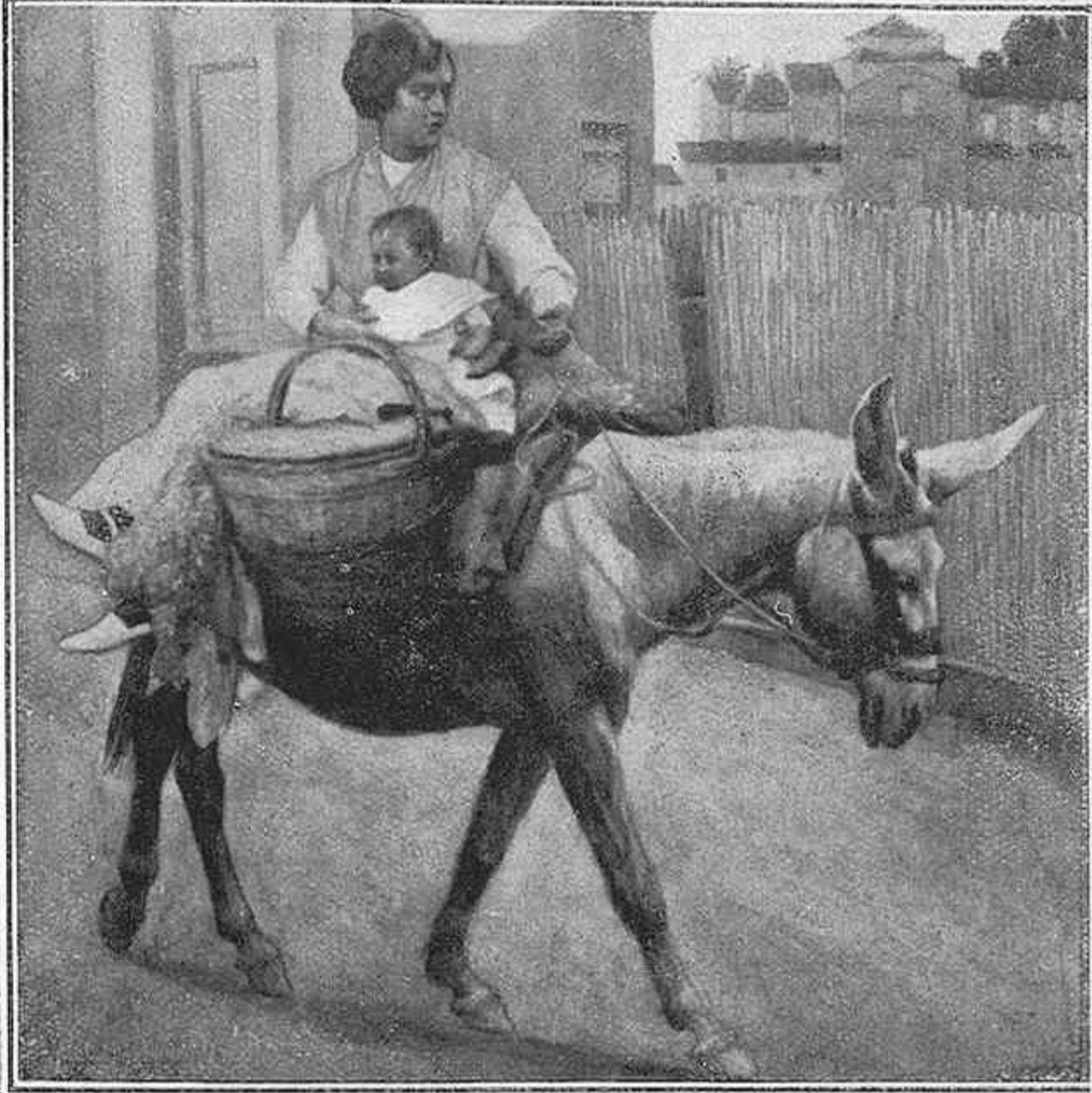
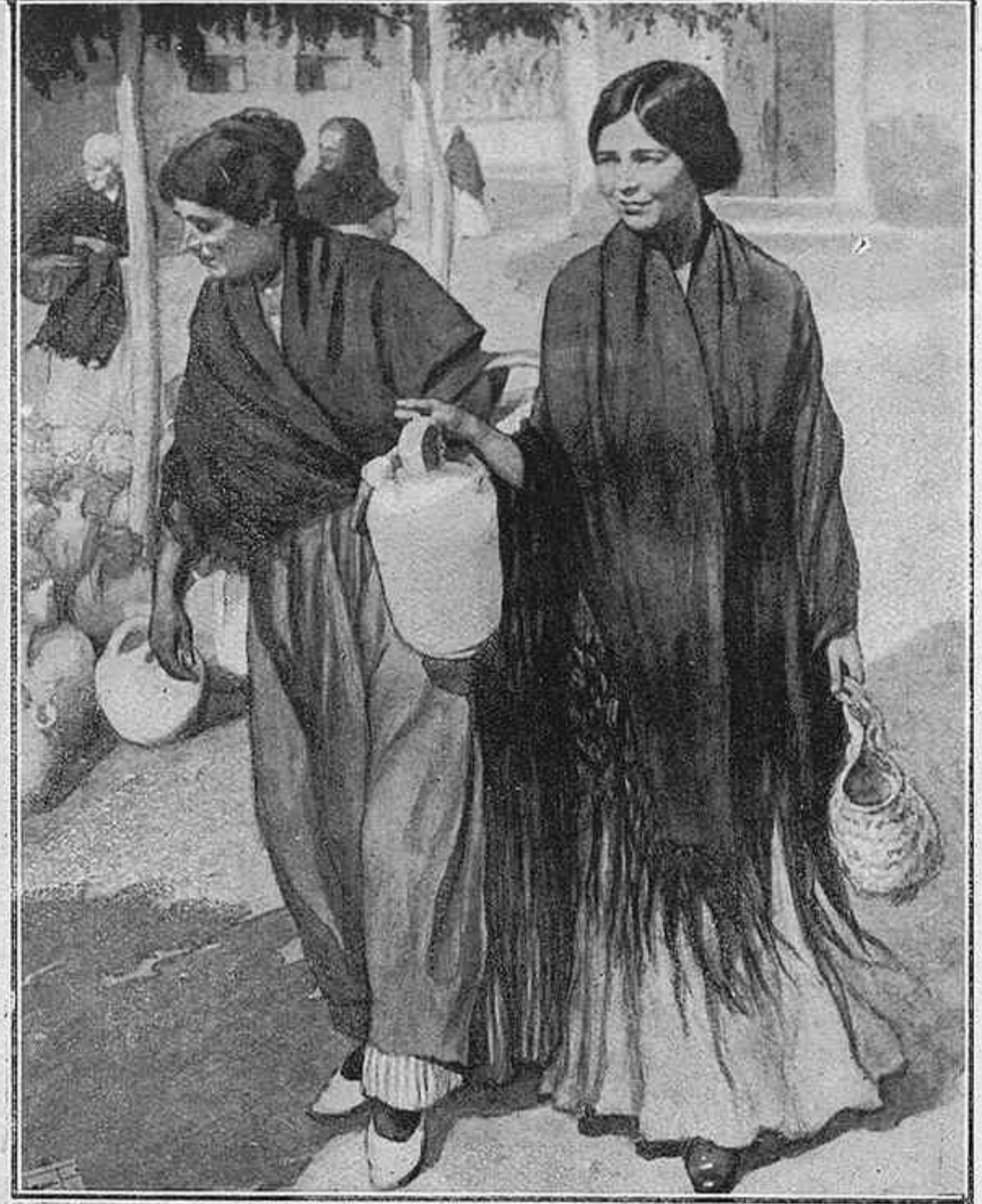
correctísimamente ejecutadas, están llenas de carácter, son hombres, mujeres y niños de aquellas tierras, y no lo son porque el pintor haya copiado fielmente su indumentaria, sino porque ha ahondado en el alma de los mismos y ha sabido reflejarla en sus caras y hasta en sus actitudes, como ha sabido reflejar también en sus paisajes el alma de aquella espléndida naturaleza.



Madrid. Salón Arte Moderno. -Labrador arando un campo, acuarela de Feliciano de Myrbach (De fotografía de Asenjo.)

llorar a solas dolores y miserias, que mis amigos, engañados con mi actitud, me llamaron Alegría.

»Y Alegría fui... Un día apareció mi nombre en el cartel de un teatro de variedades. Iba trémula, cobarde, presintiendo el fracaso, segura de que mi vida era otra que aquella que comenzaba en aquel ins-



Descanso del mediodía. - El botijo nuevo. - Llegada a la ciudad. - Criba del trigo. - Campesina de Torrevieja. - Recua. - Sol de mediodía en una calle de Elche. (De fotografías de Asenjo.)



Vista parcial de la Exposición

En el Salón Parés expone actualmente Santiago Rusiñol las últimas producciones de su pincel privilegiado. Como casi todos los que de mucho tiempo a esta parte nos ha dado a conocer, los cuadros que ahora nos ofrece son en su mayoría hermosas visiones de jardines; y aunque pudiera creerse por algunos que el ilustre artista ha agotado el tema, a fuerza de tratarlo, basta visitar la exposición actual para convencerse de que cada vez nos lo presenta más fresco, si cabe, y bajo aspectos nuevos y a cuál más bello.

Y es que Rusiñol no sólo acude a una fuente de inspiración inagotable, la naturaleza, infinitamente varia, sino que además bebe en ella con verdadera devoción, y su espíritu sensible sabe apreciar en todo su valor la riqueza y variedad de asuntos que le ofrece, asimilándose los intensamente y comunicándoles, al trasladarlos al lienzo, todo el sentimiento, toda la emoción estética que despertaron en su alma de artista.

En distintas ocasiones hemos hablado del eminente autor de *Los jardines de España* y de tantas otras obras que le han conquistado universal renombre y le han valido las más altas distinciones en certámenes nacionales y extranjeros; y siempre hemos admirado su originalidad y su espontaneidad avaloradas por una solidez de composición y una seguridad de ejecución propias sólo de los grandes maestros para quienes no guarda el arte secreto alguno.

Rusiñol es el pintor poeta en el verdadero sentido de la palabra; no intenta idealizar la naturaleza ni embellecerla falseándola o disfrazándola, sino que se sumerge, por decirlo así, en ella, ahonda en su alma, escudriña sus más íntimas reconditeces, y así bien saturado de sus bellezas, bien penetrado de sus misterios, nos la presenta luego, intensa y sin-

ceramente sentida, en sus diversas modalidades.

Sus cuadros, ora melancólicos, de tonalidades grises, árboles desnudos y triste cielo, ora alegres, de entonación brillante, exuberantes de vegetación y firmamento espléndido, son manifestaciones de sendos estados de ánimo que vibran al unísono con los estados de la naturaleza que los han producido. No

Estas cualidades se ven confirmadas una vez más en los cuadros que expone ahora en el Salón Parés. Son éstos en número de trece y reproducen diez de ellos vistas de los jardines de Aranjuez, y los otros tres, dos vistas de Mallorca y una de Gerona. La impresión que en conjunto producen estos lienzos es una impresión de placidez, de bienestar; su contemplación es un verdadero regalo de los ojos por la suavidad y la armonía de colores que en ellos presiden; pero es aún más delicia para el espíritu, que se siente envuelto en un ambiente de dulce poesía ante aquellos paisajes encantadores.

Si de estas excelencias, por decirlo así, de fondo pasamos a las de forma, habremos de admirar en todos los cuadros expuestos el dominio absoluto que de la técnica tiene Rusiñol y que le permite obtener sin esfuerzo alguno los efectos más sorprendentes: la variedad de tonos verdes de la *Entrada del Laberinto*; el contraste entre el tinte oscuro de los árboles del *Paseo de pinos* con el tono luminoso del cielo; la maravillosa perspectiva y la vegetación lujuriosa del *Rincón de jardín*; el reflejo de los árboles en las aguas del *Canal del Tajo* y el de las casas en el río de *Gerona*; los hermosos juegos de luz de *Estatuas y surtidores* y de *Glorieta*; las alegres notas de las plantas y de los árboles en plena floración de *Primavera*, y la entonación brillante del *Surtidor de la isla*, por no ci-

tar más, son otras tantas pruebas de nuestro aserto.

La actual exposición de Rusiñol, como todas las suyas, ha obtenido un éxito grandísimo. Reciba por ello el ilustre pintor la entusiasta felicitación de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, que una vez más se honra reproduciendo algunos de los cuadros expuestos.



Paseo de pinos en Aranjuez. (De fotografías de nuestro reportero A. Merletti.)

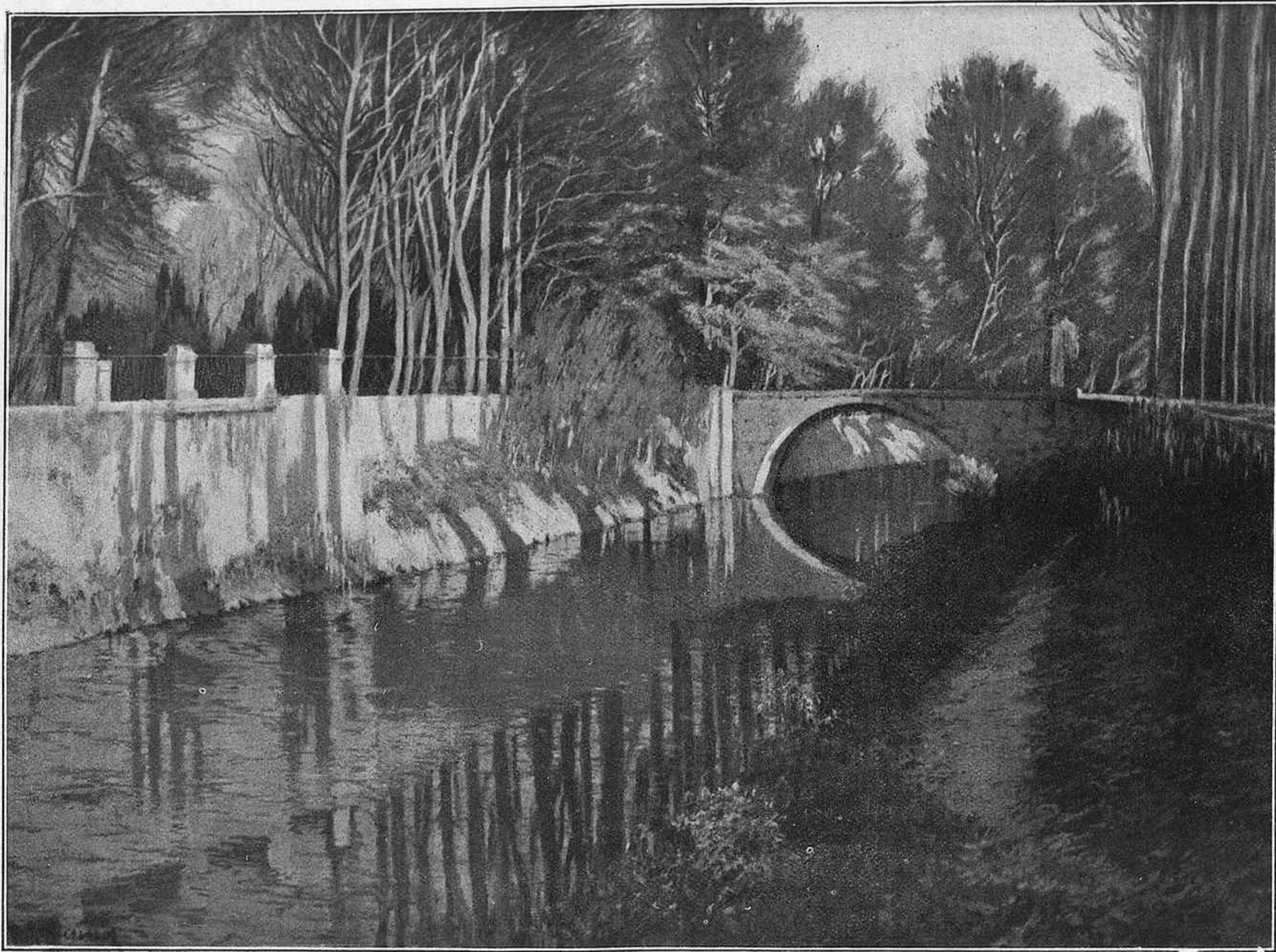
hay más que verlos para comprender que el artista ha sabido sentirlos antes de pintarlos y los ha pintado con sinceridad absoluta, huyendo de todo efectismo y con el solo propósito de causar en quien los contemple la misma emoción que él experimentara en presencia de los espectáculos naturales en que se inspiró.

LA GUERRA EUROPEA. - EXODO DEL REY PEDRO DE SERVIA Y DE SU REAL CORTEJO, dibujo de F. Matania. (Reproducción autorizada.)



El Rey Pedro, acompañado de su corte y de un destacamento de soldados serbios, abriendo la marcha a través de las montañas durante su retirada a Albania.

Después de la invasión de Serbia por las tropas entmigas, el Rey Pedro y su corte hubieron de sufrir grandes penalidades. La aspereza de los caminos hacía imposible servirse de automóviles y aun de otros vehículos y el éxodo a Albania hubo de realizarse a pie. Las damas de la corte acompañadas de sus hijos y escoltadas por un destacamento de soldados serbios, seguían al Rey al través de las montañas y por los angostos senderos de las rocas; la nieve y la lluvia hacían más riguroso aquel camino de la amargura.



Canal del Tajo en Aranjuez



Glorieta en Aranjuez. (De fotografías de F. Serra.)



Estatuas y surtidores en Aranjuez



Primaveral (Aranjuez). (De fotografías de F. Serra.)

EL GENERAL WEYLER,

JEFE DEL ESTADO MAYOR CENTRAL

Un decreto reciente del Ministerio de la Guerra español ha creado el Estado Mayor Central, organismo cuya necesidad se sentía en España desde hacía mucho tiempo y que está asentado sobre firmes bases de permanencia que las mudanzas políticas no pueden alterar.

La fuerza esencial de este nuevo organismo ha de radicar, como dice el decreto de creación, en sus horizontes autónomos y en la armonía en que ha de convivir con los demás organismos directivos. En tiempo de paz, su objeto inicial e inmediato será el estudio, preparación y desarrollo del plan orgánico de nuestro ejército, y tendrá como cometido normal y permanente conservar esta organización con criterio fijo, mejorarla en relación con el progreso militar y la previsión de todas las medidas necesarias para movilizar el ejército, dirigirlo en campaña y prepararlo para ella. En caso de guerra, y desde el momento en que se decreta la movilización, tendrá el Estado Mayor Central atribuciones ejecutivas para la dirección de las operaciones militares con arreglo a los estudios y planes que haya preparado en tiempo de paz.

Para el importante cargo de Jefe del Estado Mayor Central, que en caso de guerra ejercerá de generalísimo, ha sido nombrado el capitán general Excmo. Sr. D. Valeriano Weyler, marqués de Tenerife, cuya larga y brillante historia militar es garantía del acierto con que ha de desempeñar la ardua misión que se le ha confiado.

MADRID. - PRUEBAS DE AVIACIÓN

La aviación va adquiriendo de día en día más importancia en España no sólo desde el punto de



El capitán general Excmo. Sr. D. Valeriano Weyler y Nicolau, marqués de Tenerife, nombrado jefe del Estado Mayor Central del Ejército. (De fotografía de nuestro reportero J. Vidal.)

vista deportivo, sino también y muy principalmente desde el punto de vista industrial.

En el último número de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA dimos cuenta de las pruebas efectuadas en esta ciudad del aparato inventado por el aviador señor Hedilla y cuya construcción en gran escala se propone emprender la casa Pujol, Comabella y C.^ª; y no es sólo en Barcelona en donde la industria de la aviación se desarrolla, sino que también en Madrid se ha ensayado recientemente y con éxito completo un biplano de construcción nacional. Los ensayos se han realizado en presencia de SS. MM. los Reyes D. Alfonso XIII y D.^ª Victoria y de S. A. el Infante D. Alfonso, quienes pudieron comprobar las excelencias del nuevo aparato viendo los magníficos vuelos en él efectuados por el piloto francés Edmundo Andemars.

MADRID. - ESTRENO DE «LA LEY DEL EMBUDO»

La nueva producción del aplaudido escritor Sinesio Delgado es una comedia de asunto original, fina e ingeniosa y abundante en chistes de la mejor ley. La tesis, por decirlo así, que en ella se desarrolla es que si los hombres quieren estar seguros de la

lealtad de sus mujeres lo primero que han de hacer es ser leales también con ellas y no engañarlas, pues de lo contrario se exponen a que se les aplique la

do», al yunque del trabajo uno y otro día, realizando el santo y doloroso sacrificio de laminar, bajo el martillo, el oro de su cerebro, es ese hombre, sobre



Madrid. Pruebas de un nuevo biplano de fabricación nacional efectuadas ante SS. MM. los reyes D. Alfonso y Doña Victoria. - El aviador Sr. Andemars dando explicaciones a SS. MM. sobre la fabricación del nuevo biplano. (De fotografía de nuestro reportero J. Vidal.)

ley del Talión. El maestro Vives ha escrito para esta obra una música inspirada y de elegante factura, en la que sobresalen un bonito dúo y un hermoso cuarteto.

En la ejecución se distinguen las señoritas Mayendía e Iglesias, y los Sres. Ortas, Gorgé, Rufart y Sánchez del Pino.

UNA CONDECORACIÓN

A MARIANO DE CAVIA

Ha sido concedida la gran cruz de Alfonso XII al ilustre escritor y veterano periodista Mariano de Cavia, gloria de las letras castellanas.

La Real orden en que se hace la propuesta y que ha sido redactada por otro maestro del periodismo, el actual ministro de Instrucción Pública Sr. Burell, es un hermoso documento literario, del cual, por tratarse del asunto y de las personas de quienes se trata, creemos interesante reproducir los siguientes párrafos:

«Hay en las letras españolas un nombre que representa la fecundidad y la renovación, el talento grave y el alado ingenio, la erudición que reposa entre libros y la inquietud espiritual que visita incansable todas las zonas de la vida. Ese nombre es el de D. Mariano de Cavia.

»Amargo, pero no de hieles, sino de justicia irritada y de piedades heridas, ese escritor insigne ha hecho revivir muchas veces en nuestra edad la sátira que en el corazón de Roma clavara otra mano aragonesa; pero en el aliento a todo lo noble y a todo lo grande, las líneas trazadas por su pluma han despedido siempre verdadera luz evangélica. Sencillo y bueno, huyendo con su maestro «el mundanal rui-

todo en la expresión literaria del periodismo, en la obra social y educadora de esta vida nueva de la imprenta, quien en la vigorosa vanguardia de una generación que declina, hizo del periódico cátedra y tribuna, salterio y decálogo, enseñanza y ejemplo...

»Ningún obrero lo igualó en el trabajo rendido, ningún otro español le supera en merecimientos del alma; sin embargo, sólo se adorna del título excepcional que él mismo se extiende todos los días al poner su nombre al pie de sus escritos. Mariano de Cavia no ha sabido nunca por sí mismo que haya premios ni recompensas en los abundantes Pritaneos, Academias, Juntas, asambleas de Ordenes, con que exalta y honra el Estado los esfuerzos de la superioridad y muchas veces las aventuras afortunadas de la modestia.»

El Consejo de Instrucción Pública en pleno aprobó por unanimidad la propuesta hecha por el ministro; y S. M. el Rey firmó en seguida el correspondiente decreto, otorgando a Mariano de Cavia la preciada condecoración. El ministro y el gobierno



Madrid. - Una escena de *La ley del embudo*, comedia lírica en un acto, letra de D. Sinesio Delgado, música del maestro Vives, estrenada con buen éxito en el Teatro Apolo. (Fot. de Asenjo.)

han sido muy felicitados especialmente por la prensa matritense, que se propone dar gran solemnidad al acto de la imposición de las insignias al agraciado.



LA DAMA DE LAS PIEDRAS PRECIOSAS NOVELA ALEMANA ORIGINAL DE EUGENIA MARLITT

PROPIEDAD DE ESTA CASA EDITORIAL

— ¡Ojalá que estuviera aquí mi pobre mamá! Es verdad que tomaba en su falda con más gusto a Reinoldo que a mí; pero a pesar de esto, estoy segura de que no habría dicho que me separasen de ella... ¡Una mamá es me-



deja: su papá, su casa ¡ay! y su Dambach...

Calló, como si su corazoncito se desgarrase a la sola idea de una separación. Con la cabecita apoyada en los cristales de la ventana, buscaba, con mirada suplicante, los ojos de aquel hombre que golpeaba ligeramente con los dedos el alféizar y que evidentemente sostenía en su interior una lucha terrible.

El Sr. Lamprecht no contestó a aquella lamentación elocuente de su hija. Paseó su mirada largo rato distraídamente por el paisaje, que al través de la ventana se divisaba, y cuando al fin la fijó en otros objetos más cercanos, una violenta sacudida agitó su cuerpo...

¿Cómo, papá espantado? ¿Y por qué? Nada se veía en lo que la vista alcanzaba.

El sol se había puesto hacía rato; en los campos, todo era quietud; no se distinguía ni una sola golondrina de las que poco antes por allí revoloteaban y hasta las palomas que durante el día daban vueltas alrededor del tejado del departamento de embalaje se habían recogido. Y en la silenciosa galería de las enredaderas de la vivienda de los Lenz, sólo se veía, entre las nubes de humo de la pipa del pintor de porcelanas, a Blanca, que estaba allí, como acostumbraba todas las tardes desde que había vuelto de Inglaterra.

Pero en aquella ocasión Margarita no tuvo ni una mirada para aquel blanco y hermoso rostro, que, como pálido rayo de luna, se destacaba sobre el obscuro follaje; toda su atención estaba fija en su padre, que suspiraba y se oprimía con ambas manos la cabeza como si temiera que estallase.

La niña se arrimó más a su padre y le miró aún más ansiosamente.

— ¿Me quieres todavía, papá?

— Sí, Margarita, le contestó sin mirarla, pues sus ojos permanecían clavados en el mismo sitio.

— ¿Me quieres tanto como a Reinoldo? ¿Verdad que sí?

— Sí, hija mía.

— ¡Ay! Ahora ya estoy contenta, porque me dejarás aquí. Si no ¿quién jugaría con Noldito? ¿Quién

le haría de caballo si yo me marchase? Los otros niños no quieren hacerlo; les hace daño con el látigo. Di, papá, ¿verdad que no hablabas en serio cuando decías que me llevarías fuera? ¿Verdad que sólo has querido amenazarme porque soy indómita como un muchacho? De hoy en adelante seré buena y hasta me mostraré cortés con las princesitas. ¿Verdad que podré quedarme aquí contigo y con todos? ¿Qué, no me oyes, papá?

Al contacto de la mano de su hija que le sacudía el brazo, el Sr. Lamprecht pareció despertar de un sueño triturador.

— ¡Por Dios, hija mía, no me atormentes más con tus horribles preguntas! ¡Hay para volverse loco!

Y mientras la niña retrocedía espantada, él se mesaba los cabellos con ambas manos, se apretaba una y otra vez la frente y se paseaba presa de la mayor agitación.

Margarita se figuró que con sus repetidas preguntas había irritado a su padre; pero pensó al mismo tiempo que, cuando estuviera más tranquilo, se haría cargo del verdadero sentido de las mismas.

Al fin el Sr. Lamprecht se detuvo y en tono más dulce le dijo:

— Hija mía, te has formado una idea equivocada de lo que significa mi propósito de separarte de nosotros. En el sitio adonde quiero llevarte encontrarás una porción de compañeras que jugarán contigo; todas niñas como tú y que se quieren unas a otras como hermanas. Más de una conozco que lloró amargamente el día que hubo de volver a su casa...

Además, tu educación en un pensionado es cosa que hace tiempo hemos resuelto tu abuela y yo; sólo nos faltaba señalar la fecha. Pero ahora estoy decidido y no me volveré atrás... Es la mejor solución, y ahora mismo voy a hablar con tía Sofía para acordar los preparativos necesarios.

Dicho esto, dirigióse hacia la puerta de la galería.

— ¡Ven, Margarita! No puedes quedarte sola aquí arriba, dijo llamando a la niña que permanecía inmóvil junto a la ventana.

Margarita echó a andar lentamente y con la cabeza baja; su padre la dejó pasar delante, cerró la puerta, retirando la llave, y bajó la escalera.

V

Hacia largo rato que el Sr. Lamprecht estaba en la planta baja y su hija hallábase todavía en la escalera; con las manos apoyadas en la baranda descendía con gran lentitud, peldaño por peldaño.

La puerta de la estancia en donde había entrado su padre estaba abierta, y la voz fuerte, sonora del Sr. Lamprecht llegaba claramente hasta la niña; al acercarse, oyó cómo aquél le hablaba a tía Sofía, de gritos, de carreras en el corredor, de imaginadas apariciones en pleno día y de su permanencia en el salón rojo, y cómo afirmaba que la niña se había forjado en su imaginación el cuento de la fantasma que decía haber visto, que de todo ello tenían la culpa las habladurías de los criados y que era indispensable llevar en seguida a Margarita a un pensionado no sólo para que se le desvanecieran todas

esas impresiones, sino, además, para que se educase y se instruyese.

Margarita se deslizó silenciosamente por delante de la puerta, arrojando de paso una mirada de miedo al interior de la habitación.

Su hermano había suspendido la construcción de su torre y escuchaba a su padre con la boca abierta, y el rostro de tía Sofía había perdido su placidez y su alegría habituales y estaba pálido, casi lívido. La buena señora tenía las manos cruzadas sobre el pecho y no hablaba «porque de nada habría servido que hablase», pensó la niña, pues cuando el papá y la abuela resolvían de común acuerdo una cosa, eran inútiles las súplicas; la abuela salía siempre con la suya... Sólo una persona se le imponía con sus gritos y sus ternos: el abuelo que entonces estaba en Dambach.

Y el abuelo vendría en su auxilio, bien lo sabía ella, y no consentiría que se llevasen a su Margarita, y mucho menos a «una de esas grandes pajareras en donde todos los pájaros han de cantar en el mismo tono», como él decía, siempre que la abuela hablaba de un pensionado...

— ¡Sí, sí, el abuelo vendría en auxilio suyo! ¿Y qué harían los demás cuando él, como hacía en cuanto le sacaban de sus casillas contradiciéndole, empezase a golpear fuertemente la mesa con los nudillos y dijese con su voz de trueno: «Te ruego que me dejes en paz, Francisca; lo quiero así y yo mando»? Cuando esto sucedía, la abuela se marchaba de prisa y sin chistar, y asunto concluido. ¡Ah, si el abuelo no estuviera en Dambach, qué habrían de llevarla a ella a un colegio!

Salió corriendo al patio con el propósito de sacar del establo los dos machos cabríos; pero el criado había cerrado la puerta. Por otra parte, con su coche habría armado gran estrépito y entonces habría salido alguien de la casa y ella, una vez sorprendida, no habría podido escapar como deseaba... Lo mejor era no fiarse más que de sus propios pies y emprender la caminata. Por fortuna, al pasar por el jardín había cogido de encima de la mesa su sombrero; se lo puso, atándose bien las cintas, y salió a la calle.

Nadie la había visto salir por la puerta del departamento de embalaje; en el patio no había alma viviente, y hasta Blanca Lenz había abandonado la galería de las enredaderas.

Fuera de la casa tampoco había nadie; la gente no estaba todavía sentada a las puertas de las casas pues no era aún bastante tarde, y únicamente un par de chiquillos se entretenían en hacer navegar barquitos de papel por el canalizo que atravesaba el centro de la calle.

«¡Qué felices son!», pensó la niña mientras cruzaba el puentecito de la próxima calleja, por donde se llegaba a una brecha de la muralla de la cual arrancaba un sendero que a través de campos y de una pequeña colina conducía a Dambach.

Aquel camino daba gran rodeo y era solitario; pero ella se lo sabía de memoria y lo emprendió resueltamente, prefiriéndolo a la carretera en donde el más leve soplo de aire levantaba nubes de sofocante polvo, según ella había podido comprobar aquella misma tarde, cuando pasó por allí en su cochecito.

¡Qué hermosa había sido para ella aquella tarde!

Al salir con su cochecito por la puerta de la casa de Dambach sentía el alma alegrísima; su abuelo, al verla pasar, se había reído y la había vitoreado, y los muchachos de la aldea, sus leales compañeros de juego, habían corrido un trecho detrás de ella, mientras los jóvenes se decían entre sí: «¡Diantre, y qué bien guía!»

Ahora volvía a Dambach para ponerse bajo el amparo del abuelo. ¡Ah, si él quisiera conservarla siempre a su lado! En la aldea, al fin y al cabo, también había escuela donde aprender... Además, la abuela no iba nunca por allí, porque decía que no podía soportar el ruido de la fábrica, en lo cual asentía riendo el abuelo, quien, en cambio, no se movía de Dambach porque no podía sufrir los chillidos del papagayo.

Mientras todas estas ideas se agitaban en la excitada mente de la niña, sus piecitos avanzaban con paso rápido. Un buen trozo del camino corría por entre trigales y al encontrarse allí, Margarita se sintió algo sobrecogida...

Desde la última vez que pasó por aquel sitio con tía Sofía, los trigos, entonces verdes todavía y ahora dorados, habían crecido extraordinariamente hasta el punto de formar como dos paredes a los lados del sendero.

La niña parecía, pues, hundida en aquellos campos y delante de sí sólo podía ver cortos trozos del tortuoso camino. Un murmullo suave, como el roce de un vestido de seda, pasaba por encima de su cabeza llenándola de miedo e impidiéndole mirar hacia arriba. «Pero estas cosas eran hijas de la imaginación, pues tía Sofía afirmaba que todo lo que en el mundo acontece es natural.» No había, por consiguiente, que pensar que aquel murmullo lo produjese un ser fantástico que se deslizase sobre los trigos; era efecto del viento que hacía que los tallos al moverse se rozasen unos con otros.

Al fin se acabó aquel angosto pasadizo; el camino continuaba por entre campos de remolachas y atravesando luego algunos prados llegaba a la colina coronada por un bosquecillo frondoso detrás de la cual estaba la aldea de Dambach.

Había, en verdad, claridad suficiente para que la niña pudiese ver los frambuesos que en la linde del bosque ostentaban sus blancas flores y sus rojos frutos; pero en aquella ocasión, no tenía tiempo ni ganas de coger ni comer frambuesas y, antes al contrario, subió corriendo y casi sin aliento la colina sin detenerse para nada.

Su corazón latióle violentamente; la cabeza le ardió y le pesaba tanto como si tuviera plomo en la frente y en las sienas... ¡Adelante! El cuarto del abuelo era fresco y en él había el gran sofá, con sus blandas almohadas de pluma, en donde aquél dormía siempre la siesta, y en donde se reposaba también ella cuando llegaba cansada de tanto correr por el campo...

Ya no faltaba más que el caminito de detrás de la aldea; después todo iría a pedir de boca.

El ancho patio de la fábrica estaba silencioso y vacío; hacía mucho rato que los trabajadores habían salido, y en todo el jardín contiguo, con sus hermosas plantaciones y el límpido estanque en donde se miraba el pabellón, no se percibía más signo de vida que el leve susurro de las copas de los corpulentos árboles, debajo de los cuales comenzaba a reinar la obscuridad. Ni siquiera *Friedel*, el gran perro de muestra del abuelo, lanzaba al aire sus ladridos, ni acudía a recibir con saltos de contento a Margarita.

El umbral del pabellón, en donde el animal se pasaba el día dormitando, estaba vacío y la puerta fuertemente cerrada. La niña llamó repetidas veces, pero nadie contestó.

Margarita quedóse aterrada. ¡El abuelo había salido!.. Era la primera vez que le sucedía esto..., porque, como si se lo dijese previamente, el abuelo estaba siempre en casa cuando ella iba a verle... Dió la vuelta al pabellón pensando que tal vez habrían dejado abierta una ventana en la planta baja, pues entonces, como en tantas ocasiones había hecho, saltaría por ella; pero todas las ventanas estaban cerradas.

Sintió ganas de llorar, mas contuvo valerosamente sus lágrimas, esperando que su abuelo estaría en casa del contraamaestre, que vivía allá arriba, en la fábrica. Fué allí, y en el patio una criada le dijo que el contraamaestre y su mujer se habían ido a la ciudad para asistir a una boda y que el señor consejero había salido a caballo hacía algunas horas, para tomar parte en una partida de bolos en casa del administrador de Hermsleben, que era una finca situada a bastante distancia de Dambach.

¡Dios todopoderoso! ¡Qué sería de aquella pobre niña que venía de tan lejos! En un primer impulso

de desesperación, Margarita salió corriendo del patio, mientras la criada entraba en la cuadra; pero después de dar algunos pasos se detuvo: era imposible llegar hasta Hermsleben, ¡estaba lejos, demasiado lejos! No, no podía en modo alguno; mejor era que esperase allí a su abuelo, que quizás no tardaría en volver.

Regresó al pabellón y se sentó pacientemente en el umbral de la puerta. Sus piernecitas, rendidas de tanto correr, descansaron, y el silencio y la calma que reinaban en aquel lugar fueron un calmante para su agitación... ¡Si no fueran aquellos martilleos en las sienas y en la frente! Pero ahora, cuando estaba acurrucada en aquel rincón, el martilleo parecía hacerse más intenso... Y por añadidura, nuevos pensamientos atormentadores conturbaban aún más su dolorida cabeza...

Hacía mucho rato que en su casa se habrían sentado a la mesa para cenar, y al ver que ella no estaba, la habrían buscado por todas partes.

La idea de que tía Sofía se angustiase por su ausencia la atormentaba extraordinariamente; pero al mismo tiempo pedía a Dios que a ninguno de los suyos se le ocurriera ir a buscarla a Dambach antes del regreso de su abuelo. Aterrada ante este temor, levantóse y con los ojos buscó un escondrijo en donde, en caso necesario, pudiera ocultarse.

De todos modos, y por más precauciones que adoptara, era indudable que a la mañana siguiente, lo más tarde, la encontrarían y la llevarían de nuevo a su casa; de esto ya se cuidaría la abuela, aquella abuela implacable e injusta que de todo le daba las culpas a ella. Si Reinoldo, por su torpeza, se caía, «la niña salvaje» se llevaba una reprimenda; si lloraba por capricho, era que la «niña mal criada, Margarita», le había hecho enfadar. Su abuela no quería saber hasta qué punto amaba ella a su hermanito, y con qué gusto se quitaba los bocados de la boca para dárselos a él a fin de que estuviese alegre y contento. Era una desgracia que la gente del segundo piso de su casa estuviese toda ella en contra de Margarita... Y casi peor aún que la abuela era aquel Huberto, a quien, quieras que no, había de llamar tío... ¡Valiente tío un muchacho sin barba y que, como ella misma, tenía que hacer los deberes de la escuela!.. Aquella tarde habíale dicho que necesitaba algunos azotes, y todavía le dolían a ella los dedos que él con tanta cólera le había apretado. ¡Cómo se alegraría si viese que al día siguiente la metían a ella en un coche y se la llevaban sin apelación para encerrarla en la «jaula»! Pero esto no sucedería, ¡Dios nos libre!, pues ella se defendería con las manos y con los pies, y gritaría para que la gente del mercado acudiera en su ayuda... ¡Si a lo menos viniera al fin el abuelo!

El jardín estaba silencioso, y había cesado también el ruido de los carros en la carretera; comenzaba a reinar la calma solemne de la noche.

El día había sido espléndido, y del mismo modo que todavía el hálito del sol se dejaba sentir sobre la tierra, parecía que flotaba aún en el aire un resto del resplandor diurno, que no quería extinguirse.

El reloj de la torre de la fábrica iba dando cuartos de hora. Eran más de las nueve y por lo tanto lo peor estaba ya pasado, pues el abuelo, cuando estaba en la ciudad, se acostaba siempre a las diez, y como era hombre muy metódico, no tardaría en llegar a Dambach... ¡Ay, si oyese el galope de un caballo por el camino de Hermsleben! ¡Cómo volaría ella a su encuentro y trotaría luego al lado del animal! El abuelo la vería y entonces nadie podría llevársela.

Y en efecto, oyóse de pronto el galope de un caballo; pero la niña no corrió hacia la puerta, sino que, después de escuchar con espanto, abandonó de un salto el umbral de la puerta, dió corriendo la vuelta al estanque y se escondió en un bosquecillo casi impenetrable que se extendía entre aquél y la verja que separaba el patio de la fábrica del jardín. El jinete venía de la ciudad. ¡Era papá que iba en busca de ella!

Ocultóse en lo más espeso de los espinosos matorrales, que le desgarraron el vestido blanco manchado de frambuesas, y sus pies se hundieron en el fangal. A pesar de esto, se acurrucó en el suelo húmedo y se encogió tanto, que no parecía sino que quería reducir su cuerpecito a la nada.

Conteniendo la respiración y castañeteándole los dientes, oyó cómo su padre hablaba en el patio con la criada que se había asomado a la ventana y que le decía que la niña había desaparecido de allí y que debía haber regresado a la ciudad, puesto que ella la había visto correr desde la puerta.

No obstante esta explicación, el Sr. Lamprecht entró en el jardín y Margarita oyó cerca del bosquecillo en donde se hallaba escondida la respiración

fatigosa de *Lucifer*, lo que demostraba que su padre había venido a escape. Después el jinete apareció ante su vista y entonces pudo ella ver que aquél daba la vuelta al pabellón y podía, desde lo alto de su montura, registrar con la mirada el jardín, que no era muy grande y en el que no había más que céspedes y grupos de arces y acacias.

— ¡Margarita!, gritó el Sr. Lamprecht, escudriñando todos los rincones oscuros.

Cualquiera habría percibido en aquel grito la angustia indecible del padre; pero para Margarita, que permanecía acurrucada en el matorral y seguía con mirada casi salvaje todos los movimientos del jinete, aquel hombre era el mismo que aquella tarde, inclinado sobre ella en el oscuro corredor, parecía querer ahogarla entre sus manos o aplastarla bajo sus pies. Y entonces, cuando él se detuvo muy cerca de ella, junto al estanque, y clavó sus ojos en aquella agua, tan límpida que, a pesar de la escasa claridad, dejaba ver las blancas arenas del fondo; entonces, cuando aquellos ojos sombreados por negras y espesas cejas despedían rayos como siempre que se encolerizaba, Margarita sintió un miedo indecible, que paralizaba sus movimientos. Y sin aliento, como petrificada, acurrucóse aún más en su escondite, resuelta a dejarse hundir en el agua antes que responder a los ansiosos llamamientos de su padre.

El Sr. Lamprecht se alejó.

Oyéronse pasos en el patio de la fábrica; seguramente era el criado del contraamaestre que acudía para abrir la verja al jinete.

Éste le habló y su voz sonaba ronca y apagada, como si tuviera seca la garganta; preguntóle cuánto tiempo podría tardar en volver el consejero y el criado le contestó que cuando iba al concurso de bolos, raras veces regresaba antes de las dos de la madrugada.

Lo que hablaron después, Margarita no lo oyó; sólo vio que el jinete salía y que le acompañaba, al parecer, el criado, y no oyendo las pisadas del caballo en la carretera, dedujo que su padre regresaba a la ciudad a campo travieso.

La pequeña fugitiva volvió a quedarse sola, y desvanecida ya su tensión moral, sintió en su cuerpo la presión dolorosa de las ramas entrelazadas que por todos lados la oprimían. La humedad del suelo empapaba sus delgados zapatitos, y los mosquitos que pululaban en los matorrales le picaban en la cara y en los desnudos brazos.

Penosamente se incorporó y sacó los pies del fango en que estaban profundamente hundidos y parte del cual permaneció adherido a las suelas de su calzado.

Al verse en aquella situación, sintió gran desconsuelo, pensando que los matorrales no querían soltarla. ¡Y habría de quedarse allí, respirando aquel horrible hedor que ella misma había determinado al revolver el suelo corrompido, presa como un infeliz gorrioncillo entre aquellas ramas inextricables! ¡Y en aquel sitio tendría que esperar a que volviese su abuelo, que no volvería hasta las dos de la madrugada! ¡Tendría que defenderse durante cinco mortales horas contra aquella nube de mosquitos que cada vez la acosaban con mayor furia, por más que ella hiciera por ahuyentarlos! Por añadidura abundaban las ranas y los sapos y hasta Reinoldo decía haber visto, en cierta ocasión, salir de allí una serpiente. Estremeciéndose de terror y aun le pareció que algo se movía bajo sus pies; entonces, reuniendo todas sus fuerzas y como alocada abrióse paso por entre la espesura, arrancando furiosamente las ramas que parecían no querer soltarla, y al fin pudo salir de aquel lugar espantoso.

El aspecto de aquella niña que regresó tambaleándose al pabellón no podía ser más desconsolador. El sombrero habíase quedado entre las ramas del bosquecillo, pero esto le tenía a Margarita sin cuidado; tampoco le importaba gran cosa su vestido hecho jirones. Únicamente miraba con terror sus pies envueltos en una capa de barro que al pisar la amplia escalinata del pabellón dejaban impresas en los blancos escalones de piedra arenisca huellas como de pez.

En el cielo fueron apareciendo poco a poco las estrellas; pero la niña, acurrucada junta a la puerta, ni siquiera las vio; y, cuando abrió sus párpados entorpecidos, únicamente se fijó en que la obscuridad que invadía la tierra borraba los últimos débiles reflejos del agua del estanque.

Los céspedes formaban una mancha negra debajo de los árboles; zumbaban por doquier los insectos nocturnos; chillaban los buhos y los murciélagos descendían en torpe vuelo del tejado del pabellón.

Como en sueños oyó Margarita alguno que otro ladrido de los perros de la aldea y el reloj de la to-

re que dió dos cuartos de hora... ¡Cuántos cuartos de hora faltaban todavía! ¡Oh, era espantoso! La humedad de los pies le daba continuos escalofríos y la frente, que tenía apoyada en la puerta, le abrasaba y le dolía horriblemente... ¡Ah, si pudiera descansar su cabeza, aunque sólo fuese dos minutos, en una blanda almohada y beber un sorbo de agua de la fresca fuente de su casa, cuán aliviada se sentiría! Cuando alguien se quejaba de dolor de cabeza, tía Sofía echaba siempre en el agua un poco de jarabe de frambuesa; y para las picaduras de mosquito, como las que a ella la escocían en los brazos y en las mejillas, tenía un unguento que calmaba en seguida el escozor...

¡Qué buena era tía Sofía!.. Margarita sintió de pronto una irresistible añoranza de aquella mujer que tanto cariño le profesaba.

Cerró de nuevo los ojos y se imaginó en su dormitorio. Las ventanas daban al tranquilo patio y el murmullo de la fuente llegaba suave hasta dentro de la habitación; aquélla había sido la canción de cuna de ella y de su hermanito. Vióse tendida en su blanca y mullida cama, y, junto a ella, tía Sofía refrescándole la ardorosa frente y los brazos destrozados por las picadas de los mosquitos, hasta que, al fin, se quedaba dormida... ¡Sí, dormir; volver a su casa y dormir!.. ¡Esto era lo que ardientemente deseaba!

Y a impulsos de este deseo se levantó y con paso vacilante salió del jardín, atravesó el patio de la fábrica y emprendió el camino que serpenteaba a través de los campos.

No oyó el reloj que daba horas cuando salió por la puerta del patio; después de todo, ya no había de contar ansiosamente aquellas campanadas; ni pensó en el largo trecho que había de recorrer; sólo veía el término de su caminata, su amplio y fresco dormitorio, en donde podría descansar su ardoroso cuerpo; sólo escuchaba la dulce voz de tía Sofía, que, sentándola en su falda, le quitaba el peso que inmovilizaba sus pies... En cuanto a lo que sucedería al día siguiente, no se le ocurría ya pensar en ello.

A medida que andaba, sus piernas rígidas se desentumecían y así pudo dejar atrás corriendo la silenciosa aldea. Después apareció ante sus ojos el bosquecillo, aquella masa oscura, de la que nadie diría que estaba tejida por millones de hojas y hojitas dulcemente murmuradoras.

Margarita lo atravesó precipitadamente, sin fijarse en nada; sólo una vez sobresaltóse al distinguir como una túnica blanca que flotaba en medio de la espesura.

Pronto, sin embargo, se tranquilizó al ver que aquel objeto blanco que se movía eran los troncos de los arces que se balanceaban mecidos por el aire. Aquella estrellita que brillaba en lo alto, encima del valle, y que no era sino la luz de la habitación del guardián de la torre que dominaba la ciudad, también se balanceaba como si la torre se moviera sobre sus cimientos. Pero aquellas extrañas figuraciones se desvanecieron rápidamente ante el impulso que parecía dar alas a la niña y decirle: «¡Adelante! ¡A casa, con tía Sofía!»

Y al pasar por el campo de trigo, cuyas espigas susurraban mecidas por el aire, oyó a Reinoldo llorar porque «la salvaje Margarita» había derribado su torre, y oyó también cómo Bárbara hablaba entre dientes de la dama de las piedras preciosas y de la cortina que se movía en la habitación cerrada.

Y las amapolas que ella había visto brillar entre los trigos como antorchas, parecían calentar, hasta hacerla irrespirable, la atmósfera de aquel callejón estrecho y oscuro. De buena gana se hubiera tendido sobre la tierra fresca; pero no, que desde allá arriba tía Sofía le gritaba: «¡Adelante, Margarita! ¡Animo y ven a casa!»

Y obediente a aquella voz, siguió corriendo, aunque ya se le doblaban las rodillas, y su respiración era jadeante; y así pudo llegar hasta la ciudad.

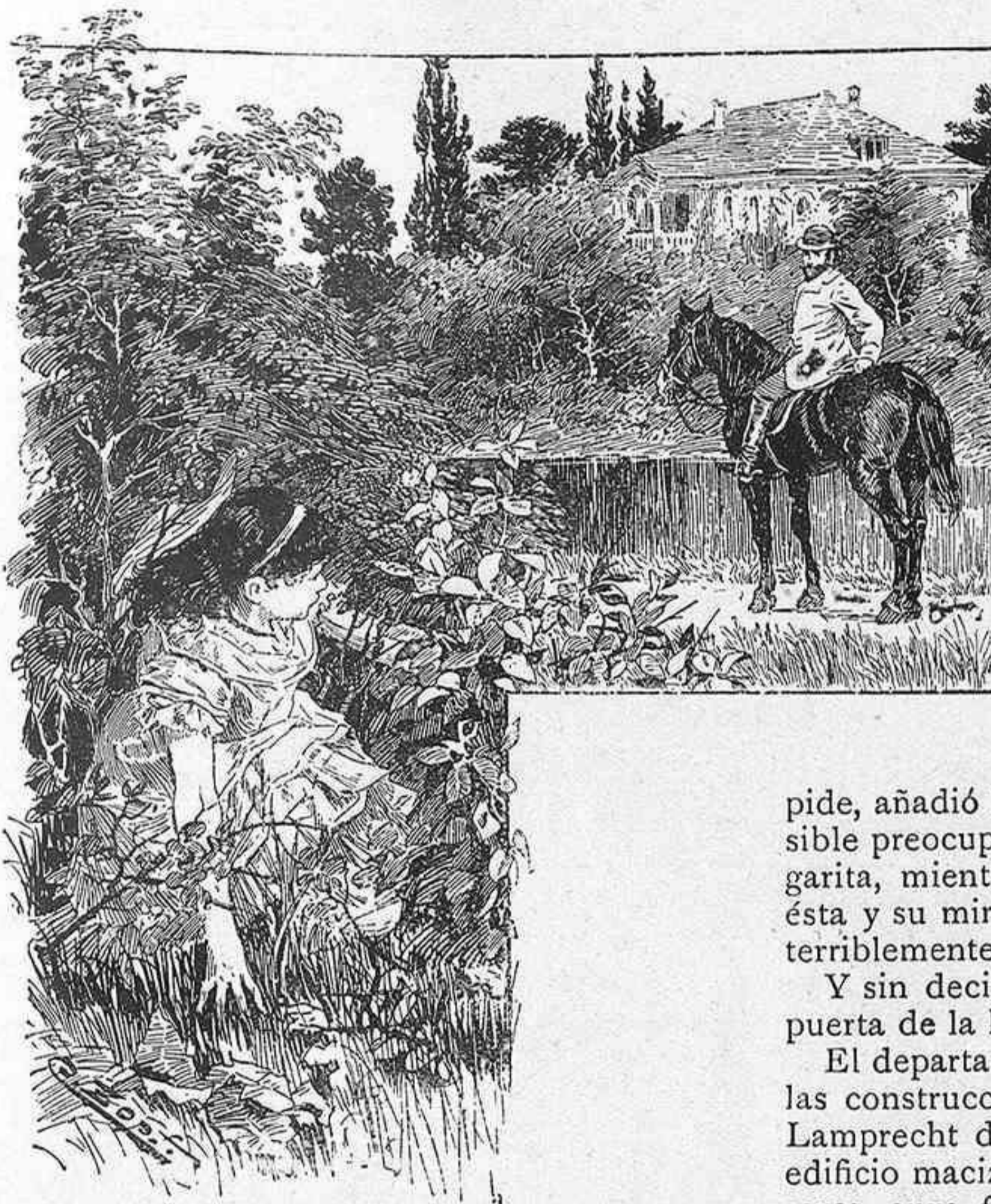
En alguna casa de las últimas callejuelas por donde caminaba extenuada, había todavía luz; pero las puertas estaban cerradas, y los pesados pasos de la niña resonaban estrepitosamente sobre los puentes del canal; tanto era el silencio que en todas las calles reinaba.

Al fin vió alzarse delante de ella el portalón del departamento de embalaje contiguo a su casa; pero por desgracia la gruesa cerradura de aquella puerta estaba tan alta, que su mano no podía alcanzarla. Después de un vano esfuerzo, Margarita cayó desplomada; parecía que todo el mundo daba vueltas con ella y no podía oír ya el martilleo de sus pulsos; pero todavía llegaba a sus oídos el murmullo del agua del canal que cerca de allí discurría y el frescor que de ella emanaba le producía cierto bien-

tar y avivaba sus sentidos que comenzaban a embotarse.

De pronto resonaron en la calle unos pasos pesados que se acercaban al sitio en donde ella estaba, y a los pocos momentos un hombre se detuvo junto al portalón.

A la claridad que despedían las estrellas, Margarita



Margarita permanecía acurrucada en el matorral

rita pudo reconocer aquel hombre: era el Sr. Lenz, que vivía en el departamento de embalaje y que profesaba gran cariño a la niña. A menudo, cuando ésta jugaba en el patio, él, al pasar, le dirigía algunas palabras de broma, y al devolverle ella el saludo le acariciaba los cabellos con la mano.

— ¡Déjeme usted entrar!, exclamó Margarita ansiosamente cuando el Sr. Lenz hubo abierto la puerta y se disponía a penetrar en su casa.

— ¡Quién hay aquí!, gritó el buen hombre volviéndose bruscamente.

— ¡Margarita!

— ¡Cómo! ¡La niña de la casa! ¡Válgame el cielo! ¿Y cómo estás aquí?

La niña no contestó y únicamente intentó con su mano agarrarse a la que le tendía el Sr. Lenz para ayudarla a levantarse; mas no pudo conseguirlo, y entonces él, sin esperar más, la cogió en brazos y se entró con ella en la casa.

VI

La obscuridad en el interior era absoluta, por lo que el Sr. Lenz, con su carga, avanzaba a tientas, hasta que tropezó ruidosamente con una puerta. Al mismo tiempo apareció en lo alto de la escalera una luz.

— ¿Eres tú, Ernesto?, preguntó una voz angustiada de mujer.

— Sí, yo soy, Juanita. Buenas noches, tesoro mío.

— ¡Dios sea loado, ya que al fin has vuelto! Pero ¿dónde has estado hasta tan tarde?

— Me he extraviado, respondió Lenz mientras subía lentamente. Esta hermosa y condenada selva de Turingia atrae como un fuego fatuo; después de un sitio bello, otro más bello todavía, y así uno avanza sin cesar y sin acordarse de que luego tendrá que volver a casa. Vengo rendido, pero mi álbum de croquis está enteramente lleno.

En esto llegó al descanso de la escalera y su mujer que permanecía allí con una luz en la mano, retrocedió al verle con una niña en brazos.

— ¿A que no sabes lo que traigo y qué me he encontrado abajo, junto a la puerta?, preguntó procurando disimular con una sonrisa la preocupación que se retrataba en su semblante.

Diciendo esto intentó volver la cabeza para ver a la luz de la lámpara, que su mujer sostenía, la cara de la niña; pero ésta estaba rígidamente abrazada a su cuello y tenía apretada contra su mejilla la carita que la cabellera suelta tapaba por completo.

La señora Lenz dejó precipitadamente la lámpara en la mesa del recibimiento.

— ¡Dame esa niña, Ernesto!, dijo angustiada y tendiendo los brazos para coger a Margarita. Cansado como vienes, no puedes dar un paso más y es preciso que sin pérdida de momento llevemos a esa criatura a su casa. Hace horas que la andan buscando y la familia está que no sabe lo que le pasa; todos corren de un lado a otro, y la vieja Bárbara da en su cocina unos berridos que desde aquí se oyen... Ven, angelito mío, añádió con acento cariñoso; voy a llevarte al lado de tu padre.

— ¡Oh, no, no!, exclamó la niña azorada y agarrándose aún más al cuello del Sr. Lenz.

Si todos los de su casa estaban trastornados e inquietos, con ellos se hallaba también la abuela; y por mucho que le pesase y le doliese la cabeza, Margarita presentía claramente la recepción que la anciana le dispensaría.

— ¡No, a casa no!, repitió anhelante. ¡Que venga aquí tía Sofía!

— Tienes razón, niña mía; ahora mismo vamos a buscarla, dijo el Sr. Lenz.

— Sí, hagamos lo que la niña

pide, añadió la buena mujer, que escuchaba con visible preocupación la voz ronca y ahogada de Margarita, mientras su mano apartaba los cabellos de ésta y su mirada escrutadora se fijaba en su carita terriblemente alterada.

Y sin decir palabra, cogió la lámpara y abrió la puerta de la habitación contigua.

El departamento de embalaje, la más antigua de las construcciones levantadas por los antepasados Lamprecht detrás de la vivienda principal, era un edificio macizo con espesas paredes y amplios alféizares, cuya fachada, orientada al Norte, daba a la calle.

El aire que allí se respiraba era deliciosamente fresco y puro y estaba embalsamado por el suave aroma de las resedas.

La niña, al encontrarse en aquella tranquila estancia de la familia del pintor, dejóse tomar en brazos por la buena señora Lenz, que se la puso cariñosa y suavemente en la falda, mientras su marido se quitaba el sombrero, el capote y la bolsa de excursiones.

— Blanca está en la galería, dijo Juana como contestando a la mirada que su esposo paseó por toda la habitación. Estaba aquí arreglándose el cabello para acostarse, cuando vino el cochero de los señores a preguntar si habíamos visto a Margarita. Nosotras ya habíamos comprendido que algo anormal sucedía ahí abajo, porque habíamos visto salir y volver, a caballo y a hora desusada al Sr. Lamprecht y habíamos observado cómo los criados registraban todos los rincones del patio; pero nos ateníamos a lo que nos tienes ordenado de no fisgonear nada de lo que ocurre en casa de tu principal. Sin embargo, desde que vino el cochero, Blanca está en la galería y no hay modo de arrancarla de allí; ya sabes que tiene un delirio por la niña, aunque sólo de vista la conoce... Pero ¡hija mía! ¿cómo tienes los pies?, exclamó interrumpiendo de pronto su relato, al ver, a la luz de la lámpara, los zapatos de Margarita cubiertos enteramente de barro.

Y tocando el borde del desgarrado vestido de la niña, empapado también del fango del maloliente lodazal, exclamó con voz alterada y dirigiéndose a su marido:

— ¡Pero esta niña ha estado metida en el agua! Es preciso quitarle en seguida esta ropa y ponerle otra seca. ¡Corre, llama a Blanca!

El Sr. Lenz abrió una puerta que daba a la cocina, entonces oscura, y al través de otra que conducía a la galería, pudo ver algunas luces que brillaban en casa de los Lamprecht.

Llamó a su hija e inmediatamente oyéronse ligeros pasos en el corredor, destacándose un momento después sobre la obscuridad de la cocina la figura de la hermosa Blanca, envuelta en un mantón de encajes. Estaba pálida y en torno de su cabeza flotaba su cabellera suelta que parecía despedir destellos de oro.

— ¡Ah! ¡Al fin has vuelto, padre!, exclamó con voz trémula.

Permanecía de pie, inmóvil en el umbral de la puerta, en actitud temerosa y con los ojos bajos; parecía como si la molestase la luz de la lámpara que repentinamente la iluminó y como si su único deseo fuese volver a la obscuridad.

(Se continuará.)

LA GUERRA EUROPEA

Teatro de la guerra de Occidente.
 -- Dicen los franceses que los alemanes, después de la explosión de varias minas y de un violento bombardeo, atacaron en la parte del frente francés, al Oeste de la carretera de Arrás a Lens, logrando penetrar en la trinchera de primera línea y llegar hasta la trinchera de sostén; pero los contraataques detuvieron el empuje de los alemanes y los desalojaron del terreno que habían ocupado, excepto en unos 200 metros de trinchera avanzada. Con posterioridad han rechazado otros ataques en el frente Oeste de la citada carretera. Asimismo han rechazado un intento de los alemanes de atra-



En Salónica. — Soldados franceses y soldados griegos en los muelles de la ciudad



El general Putnik, comandante en jefe del ejército serbio, en el vagón del tren en donde tiene establecido su cuartel general y desde donde dirigía las operaciones militares. (De fotografías de Carlos Trampus.)

vesar el canal de Hetsás. Los alemanes han rechazado un ataque inglés contra las posiciones al Norte de Frelingheim, han tomado una posición avan-

el pueblo de Daleszowa; y han rechazado en Galizia todos los intentos de los austriacos para aproximarse a las trincheras.

zada en una extensión de 250 metros en Neuville, al Norte de Arrás, y han ocupado un elemento de trinchera en las Argonas.

Aparte de esto, no ha habido más que los acostumbrados duelos de artillería, luchas de minas, bombardeos aéreos, etc.

Teatro de la guerra de Oriente. — Los rusos han sorprendido y destruido algunos puestos avanzados alemanes en la región de Riga; han rechazado numerosos ataques en la región de Dvinsk; han tomado varias posiciones enemigas al Nordeste de Czernovitz; han rechazado al enemigo que intentaba reconquistar una altura al Norte de Czartorysk; han tomado

Los alemanes han rechazado, entre Pinsk y Czartorysk, algunos ataques rusos, y los austriacos han echado a los rusos de una posición avanzada en el sector al Este de Rarancze; han rechazado fuertes acometidas entre Toporontz y Baján y ataques contra los atrincheramientos del puente situado al Noroeste de Usziczco; y han ocupado algunas posiciones rusas en la altura de Dolmioj al Norte de Baján.

En un telegrama oficial de Viena se dice que los rusos han suspendido la lucha a consecuencia de las grandes bajas sufridas en los combates de Toporontz; pero es lo cierto que, si bien con menos intensidad que en la primera quincena de este mes, la ofensiva rusa continúa en Galizia y en la frontera de Besarabia.

Italianos y austriacos. — Los italianos han recobrado todas las trincheras que habían perdido en las alturas al Noroeste de Galizia, quedando así establecida su primera línea; han rechazado ataques en el sector de Tolmino, en la zona entre la altura 188 y Oslavia, en las pendientes de Nozzolo (Giudicaria) y al Norte de Mori (valle de Lagarina); han destruido, en una arriesgada expedición, dos blocaos en el alto valle del Monte, y en el valle de Lagarina han alargado la línea de ocupación en las alturas al Norte de Mori.



En los Balcanes. — Convoy de la Cruz Roja inglesa dirigiéndose al frente serbio. (De fotografía de «Daily Mirror».)



La guerra europea. - Mujeres montenegrinas cuidando a un compatriota herido. (De fotografía de Carlos Trampus.)

Los austriacos han rechazado ataques en Lusern y al Norte de la cabeza de puente de Tolmino.

También en este frente es continua y violenta la lucha de artillería.

En los Balcanes. - Una nota oficial del gobierno de Montenegro explicando las negociaciones de paz entre Austria y Montenegro y que no dieron resultado definitivo por haber sido rotas a poco de iniciadas, dice después de la toma del monte Lovcen y de Cetiña por el ejército austriaco, era necesario el cambio de notas con éste a fin de dar tiempo a los montenegrinos que se hallaban dispersos para reunirse con los serbios que estaban en Albania. Añade que Austria, gracias a esto, ha estado entretenida una semana y que el ejército montenegrino a las órdenes del general Wucowitch sigue aún luchando contra el enemigo para reunirse también con el ejército serbio.

Según otras noticias, la causa de haber fracasado las negociaciones de paz ha sido la actitud de casi todo el ejército montenegrino que no quiso rendir las armas.

Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que los Reyes de Montenegro y sus hijos el príncipe Pedro y las dos princesas han abandonado su país y se han refugiado en Lyon, en donde han sido objeto de un recibimiento entusiasta. De la familia Real sólo quedó en Montenegro el príncipe Mirko, acompañado de tres miembros del gobierno, para organizar la defensa y la evacuación del ejército.



Ehrmann

Sez é muy buena si me lavas con Jabón de **Heno de Pravia**

En el entretanto los austriacos, después de la ruptura de negociaciones, se han apoderado de las poblaciones montenegrinas de Virpazar, Antivari, Dulcigno, Niksik, Danilooogrod y Podgoritza, y han ocupado asimismo la importante ciudad albanesa de Escútari, sin haber encontrado resistencia.

Al decir de los informes oficiales austriacos, prosigue sin dificultades la entrega de armas por parte de los montenegrinos.

En el Cáucaso. - Los rusos han obtenido una importante victoria sobre los turcos, que intentaron atacarlos en el frente del litoral, habiéndoles tomado la ciudad de Hassankala y obligado a refugiarse precipitadamente en la plaza fuerte de Erzerum.

La guerra naval. - Según telegramas de Tokio comunicados a la prensa de París, la escuadra japonesa ha recibido la orden de dirigirse al Canal de Suez para proteger la navegación en el Mediterráneo o cooperar a la defensa del canal.

La guerra aérea. - En la noche del 23 un aeroplano alemán voló sobre la costa Este del condado de Kent y arrojó nueve bombas que no causaron daños militares y perjudicaron únicamente algunas propiedades particulares. A la noche siguiente otros aeroplanos repitieron el raid y el bombardeo, sin ocasionar tampoco ningún daño, al decir de los comunicados ingleses. Según los partes alemanes, estos bombardeos aéreos determinaron incendios en la estación, cuarteles y docks de Dover, y en los hangares de dirigibles de Hougham.

BUENOS AIRES. - LLEGADA DEL MINISTRO ARGENTINO EN ESPAÑA DR. MARCO M. AVELLANEDA



En el andén de la estación. - El Dr. Marco M. Avellaneda contestando a los discursos de bienvenida que le dirigieron los Sres. Ortiz y San Pelayo, Pascual y de Charras (De fotografía publicada por el diario bonaerense «La Nación» y remitida por nuestro corresponsal literario D. R. Monner Sans.)

A bordo del *Inyanta Isabel*, y después de dos años de ausencia, llegó el día 9 a esta capital el ministro argentino en España Dr. Marco M. Avellaneda.

La colectividad española, que quiso mucho siempre a su ilustre padre, D. Nicolás, y que sabe cuánto es el cariño que por la madre patria siente el joven y aristocrático ministro, quiso aprovechar la ocasión que se le presentaba para demostrar su aprecio al simpático viajero, y para ello se congregó en el muelle, junto con los presidentes de las diversas sociedades españolas, un buen golpe de peninsulares, tanto, que la manifestación de respetuoso cariño resultó imponente. No debe sonar la palabra a exageración, y para convencerse de ello bastará con fijarse en la fotografía que se acompaña, galantemente facilitada por el diario «La Nación».

En nombre de la Asociación Patriótica Española le dió la bienvenida el Sr. Ortiz y San Pelayo; habló luego en nombre de los exdiscípulos del Dr. Avellaneda el joven abogado doctor Manuel Pascual, quien, lo mismo que D. Julián de Charras, que le siguió en el uso de la palabra, funden en su corazón ansiosos de que formen uno solo, dos amores, el de la tierra que les vió nacer y el de aquella nación madre de todo un continente.

Contestó a todos el joven ministro, y su improvisado discurso fué, no cabe duda, un canto de amor a España, proseguido canto que a cada párrafo, ya que no a cada estrofa, era interrumpido por entusiastas aplausos. ¡Y eran manos argentinas y manos españolas las que aplaudían! Manos, muchas, de gentes que aun no han pisado España, pero que por ella sienten fervoroso cariño, que al palmotear demostraban en cuánta estima tienen la labor diplomática del doctor Avellaneda.

Como ha de permanecer poco tiempo entre nosotros, por la regia morada del ilustre huésped van desfilando día a día cuantos se glorían de ser amigos suyos, y cuantos, simplemente conocidos, desean probar con su visita que no pasa inadvertida su provechosa tarea, que tanto contribuye a que se acrecienten las corrientes de sincero afecto entre España y su hija predilecta la República Argentina.

R. MONNER SANS.

Diciembre de 1915.

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES O EDITORES

CURSILLO DE AUTOEDUCACIÓN DESARROLLADO EN EL ATENEO CIENTÍFICO Y LITERARIO DE MADRID, LOS DÍAS 5 A 9 DE JUNIO DE 1915. - La Librería Parera, de esta ciudad, que con tanto entusiasmo trabaja en pro de la difusión de las obras de Marden, cuyo principal objeto es la educación de la voluntad para una vida racional, ha publicado el segundo cuaderno del *Cursillo de autoeducación* que con tanto éxito se desarrolló en el Ateneo de Madrid. Dicho cuaderno contiene el discurso pronunciado por el eminente sociólogo, Excmo. Sr. D. Eduar-

do Sanz Escartín, y otro de D. Federico Climent Terrer sobre el valor pedagógico y la eficacia educativa de las obras de Marden. Un folleto de 16 páginas impreso en Barcelona, en la imprenta Galve, que la Librería Parera envía gratis a cuantos lo pidan.

NOTAS TOMADAS EN INGLATERRA, ESCOCIA E IRLANDA EN 1909 por *Francisco de las Barras de Aragón*. - El autor de estas notas, catedrático de Mineralogía y Botánica de la Universidad de Oviedo, realizó en 1908, pensionado por el gobierno español, un viaje de estudios por las Islas Británicas. Como resultado de su excursión ha publicado el libro que nos ocupa y en el cual transcribe los interesantes apuntes tomados

durante la misma en Cambridge, Ely, Lincoln, York, Durham, Sunderland, Newcastle, Edimburgo, Perth, Glasgow, Belfast, Dundalk, Dublín, Liverpool, Manchester, Birmingham, Oxford y Windsor Eaton. Sus observaciones se refieren principalmente a los establecimientos de enseñanza y a los museos, pero también se extienden a la industria, al comercio y a otras instituciones importantes, todo ello avalorado con datos históricos, descripciones de las ciudades y atinadísimos juicios sobre las diferentes materias que su obra comprende. Completan el libro, como apéndices, una noticia acerca de las universidades inglesas y sus enseñanzas y una equivalencia de algunas medidas y monedas. Un volumen de 112 páginas impreso en Sevilla en la imprenta de Agapito López.

DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO HISPANO-AMERICANO

NUEVO APÉNDICE

REDACTADO POR DISTINGUIDOS PROFESORES Y PUBLICISTAS ESPAÑOLES Y AMERICANOS

BAJO LA DIRECCIÓN DE PELAYO VIZUETE

Se ha publicado ya el tomo tercero y último de este notable apéndice, que, lo mismo que el I y el II, se vende encuadernado, con pago al contado ó á plazos mensuales, en casa de todos los corresponsales de los editores.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN